

C. H. Mackintosh

**COLECCION
DE ESCRITOS
MISCELANEOS**

WWW.VERDADESPRECIOSAS.ORG

**COLECCION
DE ESCRITOS
MISCELANEOS**

Tomo I

INDICE

Capitulo 1

Aislamiento.....7

Capitulo 2

Autoridad Y Poder.....11

Capitulo 3

Cristo En La Barca.....17

Capitulo 4

El Cristiano Y La Ley.....28

Capitulo 5

El Dominio Propio.....37

Capitulo 6

El Cristianismo.....48

Capitulo 7

El Señor Nuestro Pastor.....62

Capitulo 8

El Matrimonio.....66

Capitulo 9

¿Es Correcto Que Las Mujeres Hablen, Oren O Enseñen En Público?.....72

Capitulo 10
"Hermanos Santos"83

Capitulo 11
Jesús Desamparado De Dios105

Capitulo 12
Juzgarse A Sí Mismo.....124

Capitulo 13
"La Biblia" Su Suficiencia Y Supremacía.....131

Capitulo 14
La Compasión Y La Gracia De Jesús.....145

Capitulo 15
¿La Doctrina o Esperando Al Hijo?.....156

1

AISLAMIENTO

Esta es una de nuestras grandes dificultades en el momento presente, de hecho ha sido en la vida una dificultad para combinar un camino estrecho con un corazón amplio. Hay muchísimo en todos los lados que tiende a producir aislamiento. Nosotros no podemos negarlo. Los eslabones de la amistad humana parecen ser tan frágiles; tantas cosas que producen titubeo en la confianza; tantas cosas que posiblemente no pueden ser sancionadas, que el camino se ha hecho más y más aislado.

Todo esto es indiscutiblemente verdad. Pero nosotros debemos tener mucho cuidado acerca de cómo nos encontramos en tal condición de cosas. Nosotros tenemos

una vaga idea de lo mucho que dependemos del espíritu que nosotros llevamos en medio de las escenas y circunstancias, todos deben admitir, que es un área singularmente penosa.

Por ejemplo, yo puedo ensimismarme y puedo volverme amargado, triste, áspero, intolerante, mustio, no teniendo corazón para el pueblo del Señor, para Su servicio, para los santos y felices ejercicios de la asamblea. Yo podría volverme infructuoso en las buenas obras, no teniendo simpatía con el pobre, el enfermo, el afligido. Yo podría vivir en el estrecho círculo en el que yo estoy retraído y pensando solo en mí, y en mis intereses personales y familiares.

¿Que puede ser más miserable que esto? Es el más deplorable egoísmo, pero nosotros no vemos esto, por nuestra excesiva ocupación con los fracasos del pueblo.

Ahora es una cuestión muy fácil el de encontrar fallas y faltas en nuestros hermanos y amigos. Pero la pregunta es, ¿Cómo estamos nosotros frente a estas cosas?, ¿Estas faltas ya no están en nosotros? ¡De ninguna manera! Hacer esto es volvernó tan miserables en nosotros mismos, tan despreciables, y aún peor que aquel que es despreciado, para otros. Hay pocas cosas más lastimosas que cuando nosotros visitamos a “un hombre defraudado.” Él está siempre encontrando la falta de otros. Él jamás ha descubierto el origen real del asunto o el verdadero secreto de cómo tratar con esto. Él se ha

aislado, pero en sí mismo. Él está aislado, pero su aislamiento es absolutamente falso. Este es un estado miserable; y él hará a todos los que vienen bajo su influencia – todos los que son débiles y suficientemente necios para escucharlo – tan miserables como lo es él. Él se ha estropeado completamente en su carrera práctica; él ha sucumbido a las dificultades de su tiempo y ha probado totalmente la ineficacia de encontrar las realidades serias de su verdadera vida. Entonces, en lugar de ver y confesar esto, él se retira a su propio círculo estrecho, encontrando las faltas de todos, excepto las propias.

¡Qué verdaderamente delicioso y refrescante es volver de este cuadro triste, al único Hombre perfecto que pisó esta tierra! Su camino fue verdaderamente más aislado que ninguno. Él no tenía simpatía con la escena alrededor de Él. “Pero el mundo no le conoció”. “A lo suyo vino (Israel), y los suyos no le recibieron”. “Y esperaba quien se compadeciera de mí, mas no lo hubo; y consoladores, mas no los hallé” (Salmos 69:20.V.M.). Incluso sus propios discípulos amados lo abandonaron sin compadecerse con Él, o entenderlo. Ellos durmieron en el monte de la transfiguración en la presencia de Su gloria y ellos se durmieron en el Jardín del Getsemaní en la presencia de Su agonía. Ellos lo despertaron de Su sueño con sus temores en incredulidad y continuamente lo estorbaban con sus preguntas ignorantes y opiniones necias.

¿Cómo Él soportó todo esto? En gracia perfecta, paciencia y ternura. Él contestó sus preguntas; Él corrigió sus opiniones; Él acalló sus miedos; Él resolvió sus dificultades; Él satisfizo sus necesidades; Él quitó sus dolencias; Él les dio confianza para la devoción en el momento de deserción; Él los miraba a través de Sus propios ojos amorosos y los amó, a pesar de todo. “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Juan 13:1).

Cristiano lector, busquemos para beber nuestra bendición del espíritu del Maestro y caminar en Sus pasos. Entonces nuestro aislamiento será benévolo, y aunque nuestro camino pueda ser estrecho, el corazón será grande.

2

AUTORIDAD Y PODER

Si hubo un momento en la historia de la iglesia profesante en que fue más necesario que nunca tener autoridad divina para la senda cristiana, y poder divino para andar en ella, ese momento es precisamente el presente.

Son tantas las opiniones antagónicas, las voces discordantes, las escuelas opuestas, las partes contenciosas, que, por todos lados, corremos peligro de perder nuestro equilibrio y de ser arrastrados quién sabe adónde. Vemos a los mejores de los hombres poniéndose en lados opuestos del mismo asunto; hombres que, hasta donde llega nuestra apreciación, parecen tener un ojo

sencillo para la gloria de Cristo, y tomar la Palabra de Dios como su sola autoridad en todas las cosas.

¿Qué, pues, ha de hacer un alma sencilla? ¿Qué actitud ha de tomar uno frente a toda esta situación? ¿No habrá un puerto tranquilo y seguro donde poder anclar nuestra pequeña embarcación, lejos de las feroces olas del agitado y tempestuoso océano de las opiniones humanas? Sí, bendito sea Dios, lo hay. Y el lector puede experimentar en este mismo momento la profunda bendición de echar el ancla allí. Es el dulce privilegio del más simple hijo de Dios, del más sencillo niño de Cristo, tener autoridad divina para su senda y poder divino para avanzar por ella —autoridad para su posición, y poder para ocuparla— , autoridad para su servicio, y poder para llevarlo a cabo.

¿En qué consiste? ¿Dónde está? La autoridad se encuentra en la palabra divina; el poder, en la presencia divina. Así pues —bendito sea Dios—, todo hijo de Dios puede saber esto; es más, debiera saberlo, para la firmeza de su camino y el gozo de su corazón.

Al contemplar la condición actual de los cristianos profesantes en general, uno se ve sorprendido con este tan lamentable hecho, a saber, que tan pero tan pocos están preparados para encarar las Escrituras en todos los puntos y en todo asunto personal, doméstico, comercial y eclesiástico. Una vez que la cuestión de la salvación del alma ha sido resuelta —y ¡ay, cuán raramente está verdaderamente resuelta!— entonces, la gente en

realidad se considera en libertad de desprenderse del sagrado dominio de las Escrituras, y de arrojarse sobre las perdidas aguas turbulentas de la opinión y la voluntad humanas, donde cada cual puede pensar, elegir y actuar por sí mismo.

Ahora bien, nada es más cierto que esto: que cuando se trata simplemente de una cuestión de opinión humana, de la voluntad del ser humano, o del juicio del hombre, no hay una sombra de autoridad, ni una partícula de poder. Ninguna opinión humana tiene alguna autoridad sobre la conciencia; ni tampoco puede comunicar ningún poder al alma. Puede aceptarse en la medida de su propio valor, pero no tiene autoridad ni poder para mí. Debo tener la Palabra de Dios y la presencia de Dios, de lo contrario, no puedo dar un solo paso. Si algo, no importa qué, viene a interponerse entre mi conciencia y la Palabra de Dios, no sé dónde estoy, no sé qué hacer ni hacia a donde dirigirme. Y si alguna cosa, no importa qué, viene a interponerse entre mi corazón y la presencia de Dios, quedo absolutamente desprovisto de poder. La Palabra de mi Señor es mi único directorio; Su morada en mí y conmigo, mi único poder. "Mira que te mando... tu Dios estará contigo."

Pero puede que el lector se sienta dispuesto a preguntar: «¿Es realmente cierto que la Palabra de Dios contiene amplia guía para todos los detalles de la vida? ¿Me dice, por ejemplo, adónde debo ir el día del Señor; y qué he de

hacer desde el lunes por la mañana hasta el sábado por la noche? ¿Me dirige en mi senda personal, en mis relaciones domésticas, en mi posición comercial, en mis asociaciones y opiniones religiosas?»

Muy ciertamente que sí. La Palabra de Dios nos prepara o equipa enteramente para toda buena obra (2.^a Timoteo 3:17), y ninguna obra para la cual ella no nos prepare, puede ser buena, sino mala. Por lo tanto, si usted no puede encontrar autoridad para el lugar adonde va el día del Señor —no importa dónde sea— debe, inmediatamente, dejar de ir. Y si no puede encontrar autoridad para lo que hace el lunes, usted debe, inmediatamente, dejar de hacerlo. “Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (1.^o Samuel 15:22). Confrontemos honestamente la Escritura. Inclinémonos bajo su santa autoridad en todas las cosas. Sometámonos humilde y reverentemente a su dirección celestial. Renunciemos a todo hábito, a toda práctica, a toda asociación —de la naturaleza que fuere, o aprobada por quien fuere— para los cuales no tenemos la autoridad directa de la Palabra de Dios, y en las cuales no podemos gozar del sentido de Su presencia, de la vida de Su apreciativo talante.

Éste es un punto de la más seria importancia. Sería de hecho imposible que el lenguaje humano expresase con la debida fuerza o en los términos adecuados, la inmensa

importancia de la absoluta y completa sumisión a la autoridad de la Escritura en todas las cosas —sí, y lo decimos con énfasis— en todas las cosas.

Una de nuestras mayores dificultades prácticas al tratar con las almas, surge del hecho de que ellas no parecen tener ninguna idea de someterse en todas las cosas a la Escritura. No quieren confrontarse con la Palabra de Dios, ni consentir en ser enseñados exclusivamente por sus sagradas páginas. Credos y confesiones; formulaciones religiosas; mandamientos, doctrinas y tradiciones de los hombres: estas cosas sí serán oídas y se someterán a ellas. A nuestra propia voluntad, a nuestro propio juicio, a nuestras propias opiniones de las cosas, les serán permitidos amplio lugar. La conveniencia, la posición, la reputación, la influencia personal; el utilitarismo; la opinión de los amigos; los pensamientos y el ejemplo de buenos y grandes hombres; el miedo de lastimar o de causar ofensa a aquellos a quienes amamos y estimamos y con quienes pudimos haber estado asociados por largo tiempo en nuestra vida y servicio religiosos; el temor de que piensen que seamos presuntuosos; querer evitar a toda costa la apariencia de juzgar o de condenar a muchos a cuyos pies nos sentaríamos de buena voluntad: todas estas cosas actúan y ejercen una muy perniciosa influencia en el alma, e impiden la plena entrega de nosotros mismos a la suprema autoridad de la Palabra de Dios.

¡Quiera el Señor en su gracia avivar nuestros corazones en relación con este solemne tema! ¡Quiera Él conducirnos, por su Santo Espíritu, a ver el verdadero lugar, valor y poder de su Palabra! ¡Que esa Palabra se establezca en nuestras almas como la única regla plenamente suficiente, de modo que todo —no importa qué— lo que no se halle basado en su autoridad, sea absolutamente rechazado sin la menor vacilación! Entonces podemos esperar hacer progresos. Entonces nuestra senda será como “la senda de los justos, como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto” (Proverbios 4:18). ¡Nunca estemos satisfechos, en relación con todos nuestros hábitos, con todos nuestros caminos, con todas nuestras asociaciones, con nuestra posición religiosa y con nuestro servicio, con todo lo que hacemos y con todo lo que no hacemos; con el lugar adonde vamos y adonde no vamos, hasta que podamos verdaderamente decir que tenemos la aprobación de la Palabra de Dios y la luz de Su presencia! Aquí, y solamente aquí, yace el profundo y precioso secreto de LA AUTORIDAD Y EL PODER.

3

CRISTO EN LA BARCA

El momento de extremo peligro o de angustiosa necesidad en la vida del hombre es el momento oportuno para Dios.» Éste es un dicho muy familiar en el mundo de habla inglesa, que citamos a menudo y que, sin ninguna duda, creemos plenamente; y, sin embargo, cuando a nosotros mismos nos toca pasar por un momento crítico, cuando nos vemos enredados en un gran aprieto, a menudo estamos poco dispuestos a contar únicamente con la oportunidad de Dios. Una cosa es exponer una verdad o escucharla, y muy otra realizar el poder de esa verdad. No es lo mismo hablar de la capacidad de Dios para guardarnos de la tempestad cuando navegamos sobre un mar en reposo, que poner a prueba esa misma capacidad cuando realmente se desata

la tempestad a nuestro alrededor. Sin embargo, Dios es siempre el mismo. En la tempestad o en la calma, en la enfermedad o en la salud, en las necesidades o en las circunstancias favorables, en la pobreza o en la abundancia, él es “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8); él es la misma gran realidad sobre la cual la fe puede apoyarse y de la cual puede echar mano en cualquier tiempo y circunstancia.

Lamentablemente, ¡somos incrédulos!, y ésta es la causa de nuestras flaquezas y caídas. Nos hallamos perplejos y agitados cuando deberíamos estar tranquilos y confiados; buscamos socorro de todos lados cuando deberíamos contar con Dios; hacemos “señas a los compañeros” en lugar de “poner los ojos en Jesús”. Y de este modo, sufrimos una gran pérdida al mismo tiempo que deshonramos al Señor en nuestros caminos. Pocas cosas habrá, sin duda, por las que debemos humillarnos más profundamente que por nuestra tendencia a no confiar en el Señor cuando surgen las dificultades y las pruebas; y seguramente afligimos su corazón al no confiar en él, pues la desconfianza hiere siempre a un corazón que ama.

Veamos, por ejemplo, la escena entre José y sus hermanos en el capítulo 50 del Génesis: “Viendo los hermanos de José que su padre era muerto, dijeron: Quizá nos aborrecerá José, y nos dará el pago de todo el mal que le hicimos. Y enviaron a decir a José: Tu padre mandó

antes de su muerte, diciendo: Así diréis a José: Te ruego que perdones ahora la maldad de tus hermanos y su pecado, porque mal te trataron; por tanto, ahora te rogamos que perdones la maldad de los siervos del Dios de tu padre. Y José lloró mientras hablaban” (v. 15-17).

Triste respuesta a cambio de todo el amor y los cuidados que José había prodigado a sus hermanos. ¿Cómo podían suponer que aquel que les había perdonado tan libre y completamente, que había salvado sus vidas cuando estaban enteramente en sus manos, querría desatar contra ellos, después de tantos años de bondad, su ira y su venganza? Fue ciertamente grave el error de parte de ellos, y no es de extrañar que José llorara mientras hablaban. ¡Qué respuesta a todos sus indignos temores y a sus terribles sospechas! ¡Un mar de lágrimas! ¡Así es el amor! “Y les respondió José: No temáis; ¿acaso estoy yo en lugar de Dios? Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo. Ahora, pues, no tengáis miedo; yo os sustentaré a vosotros y a vuestros hijos. Así los consoló, y les habló al corazón” (v. 19- 21).

Así ocurrió con los discípulos en la ocasión que estamos considerando. Meditemos un poco este pasaje.

“Aquel día, cuando llegó la noche, les dijo: Pasemos al otro lado. Y despidiendo a la multitud, le tomaron como estaba, en la barca; y había también con él otras barcas.

Pero se levantó una gran tempestad de viento, y echaba las olas en la barca, de tal manera que ya se anegaba. Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal” (Marcos 4:35-38).

Tenemos aquí una escena interesante a la vez que instructiva. A los pobres discípulos les toca vivir un momento de extremo peligro, una situación límite. No saben qué más hacer. Una recia tempestad, la barca llena de agua, el Maestro durmiendo. Era realmente un momento de prueba y, si nos miramos a nosotros mismos, seguramente no nos extrañará el miedo y la agitación de los discípulos. De haber estado en su lugar, sin duda habríamos reaccionado de la misma manera. Sin embargo, no podemos sino ver dónde fallaron. El relato se escribió para nuestra enseñanza, y debemos estudiarlo y tratar de aprender la lección que nos enseña.

No hay nada más absurdo ni más irracional que la incredulidad, cuando la consideramos con calma. En la escena que nos ocupa, la incredulidad de los discípulos es, evidentemente, absurda. En efecto, ¿qué podía ser más absurdo que suponer que la barca podía hundirse con el propio Hijo de Dios a bordo? Y, sin embargo, eso es lo que temían. Se dirá que precisamente en ese momento no pensaban en el Hijo de Dios. A la verdad, pensaban en la tempestad, en las olas, en la barca que se llenaba de agua, y, juzgando a la manera de los hombres, parecía una situación desesperada. El corazón incrédulo razona

siempre así. Mira las circunstancias y deja a Dios de lado. La fe, en cambio, no considera más que a Dios, y deja las circunstancias de lado.

¡Qué diferencia! La fe se goza en los momentos de extremo peligro o de angustiosa necesidad, simplemente porque los tales son una oportunidad para Dios. La fe se complace en concentrarse en Dios, en encontrarse sobre ese terreno ajeno a la criatura, para que Dios manifieste su gloria; en ver que las “vasijas vacías” se multipliquen para que Dios las llene (2.º Reyes 4:3-6). Podemos afirmar ciertamente que la fe habría permitido a los discípulos acostarse y dormir junto a su divino Maestro en medio de la tempestad. La incredulidad, por otro lado, los hizo estar sobresaltados; no pudieron permanecer tranquilos ellos mismos, y perturbaron el sueño del Señor con sus incrédulas aprensiones. Él, cansado por un intenso y agobiador trabajo, había aprovechado la travesía para reposar durante unos instantes. Sabía lo que era el cansancio. Había descendido hasta todas nuestras circunstancias, de modo que pudo familiarizarse con todos nuestros sentimientos y debilidades, habiendo sido tentado en todo según nuestra semejanza, a excepción del pecado. En todo respecto fue hallado como hombre y, como tal, dormía sobre un cabezal, balanceado por las olas del mar. El viento y las olas sacudían la barca, a pesar de que el Creador se hallaba a bordo en la persona de ese Siervo abrumado y dormido.

¡Profundo misterio! El que hizo el mar y podía sostener los vientos en su mano todopoderosa, dormía allí, en la popa de la barca, y dejaba que el viento le tratase sin más miramientos que a un hombre cualquiera. Tal era la realidad de la naturaleza humana de nuestro bendito Señor. Estaba cansado, dormía, y era sacudido en medio de ese mar que sus manos habían hecho. Detente, lector, y medita sobre esta maravillosa escena. Ninguna lengua podría hablar de ella como conviene. No podemos detenernos más en este punto; sólo podemos meditar y adorar.

Como ya lo hemos dicho, la incredulidad de los discípulos fue la que hizo salir a nuestro bendito Señor de su sueño. “Y le despertaron, y le dijeron: Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?” (Marcos 4:38). ¡Qué pregunta! “¿No tienes cuidado?” ¡Cuánto debió de herir el sensible corazón del Señor! ¿Cómo podían pensar que era indiferente a su angustia en medio del peligro? ¡Cuán completamente habían perdido de vista su amor —por no decir nada de su poder— cuando se atrevieron a decirle estas palabras: “¿No tienes cuidado?”!

Y, sin embargo, querido lector cristiano, esta escena ¿no es un espejo que refleja nuestra propia miseria? Ciertamente. Cuántas veces, en los momentos de dificultad y de prueba, esta pregunta se genera en nuestros corazones, aunque no la formulemos con los labios: “¿No tienes cuidado?” Quizá estemos enfermos y

suframos; sabemos que bastaría una sola palabra del Dios Todopoderoso para curar el mal y levantarnos, pero esa palabra no la dice. O quizá tengamos dificultades económicas; sabemos que “el oro y la plata, y los millares de animales en los collados” son de Dios, que incluso los tesoros del universo están en su mano; sin embargo, pasan los días sin que nuestras necesidades se suplán. En una palabra, de un modo u otro atravesamos aguas profundas; la tempestad se desata, una ola tras otra golpea con ímpetu nuestra diminuta embarcación, nos hallamos en el límite de nuestros recursos, no sabemos qué más hacer y nuestros corazones se sienten a menudo prestos a dirigir al Señor la terrible pregunta: “¿No tienes cuidado?” Este pensamiento es profundamente humillante. La simple idea de lastimar el corazón de Jesús, lleno de amor, con nuestra incredulidad y desconfianza debería producir la más profunda contrición.

Además, ¡qué absurda es la incredulidad! ¿Cómo Aquel que dio su vida por nosotros, que dejó su gloria y descendió a este mundo de pena y miseria, donde sufrió una muerte vergonzosa para librarnos de la ira eterna, podría alguna vez no tener cuidado de nosotros? Y, sin embargo, estamos prestos a dudar, o bien nos volvemos impacientes cuando nuestra fe es puesta a prueba, olvidando que esa misma prueba que nos hace estremecer y retroceder, es mucho más preciosa que el oro, el cual perece con el tiempo, mientras que la fe es una realidad imperecedera. Cuanto más se prueba la

verdadera fe, tanto más brilla; y por eso la prueba, por más dura que sea, redundará, sin duda, en alabanza, gloria y honra para Aquel que no sólo implantó la fe en el corazón, sino que también la hace pasar por el crisol de la prueba, velando atentamente sobre ella durante todo ese tiempo.

Pero los pobres discípulos desfallecieron a la hora de la prueba. Les faltó confianza; despertaron al Maestro con esta indigna pregunta: “¿No tienes cuidado que perecemos?” ¡Ay, qué criaturas somos! Estamos dispuestos a olvidar diez mil bondades en cuanto aparece una sola dificultad. David dijo: “Al fin seré muerto algún día por la mano de Saúl” (1.º Samuel 27:1). Y ¿qué ocurrió al final? Saúl cayó en la montaña de Guilboa y David ocupó el trono de Israel. Ante la amenaza de Jezabel, Elías huyó para salvar su vida, ¿y cómo terminó todo? Jezabel fue arrojada por la ventana de su aposento y los perros lamieron su sangre, mientras que Elías ascendió al cielo en un carro de fuego (véase 1.º Reyes 19:1-4; 2.º Reyes 9:30-37; 2:11). Lo mismo ocurrió con los discípulos: tenían al Hijo de Dios a bordo, y creían que estaban perdidos; ¿y qué pasó al final? La tempestad fue reducida al silencio, y el mar se allanó como un espejo al oír la voz del que, antiguamente, llamó los mundos a la existencia. “Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza” (Marcos 4:39).

¡Cuánta gracia y majestad juntas! En lugar de reprochar a sus discípulos por haber interrumpido su sueño, reprende a los elementos que los habían aterrorizado. Así respondía a la pregunta: “¿No tienes cuidado que perecemos?” ¡Bendito Maestro! ¿Quién no confiaría en ti? ¿Quién no te adoraría por tu paciente gracia, y por tu amor que no hace reproches?

Vemos una perfecta belleza en la manera en que nuestro bendito Señor pasa, sin esfuerzo alguno, del reposo de su perfecta humanidad a la actividad de la Deidad. Como hombre, cansado de su trabajo, dormía sobre un cabezal; como Dios, se levanta y, con su voz omnipotente, acalla al viento impetuoso y calma el mar.

Tal era Jesús —verdadero Dios y verdadero hombre—, y tal es hoy, siempre dispuesto a responder a las necesidades de los suyos, a calmar sus ansiedades y alejar sus temores. ¡Ojalá que confiemos más simplemente en él! No tenemos más que una débil idea de lo mucho que perdemos al no apoyarnos más de lo que lo hacemos en los brazos de Jesús cada día. Nos aterrorizamos con demasiada facilidad. Cada ráfaga de viento, cada ola, cada nube nos agita y deprime. En vez de permanecer tranquilos y reposados cerca del Señor, nos dejamos sobrecoger por el terror y la perplejidad. En vez de tomar la tempestad como una ocasión para confiar en él, hacemos de ella una ocasión para dudar de él. Tan pronto como se hace presente la menor dificultad, pensamos en

seguida que vamos a sucumbir, a pesar de que nos asegura que nuestros cabellos están contados. Bien podría decirnos, como a sus discípulos: “¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?” (v. 40). Parecería, en efecto, que por momentos no tuviésemos fe. Pero ¡oh, qué tierno amor es el suyo! Él está siempre cerca de nosotros para socorrernos y protegernos, aun cuando nuestros incrédulos corazones sean tan propensos a dudar de su Palabra. Su actitud para con nosotros no es conforme a los pobres pensamientos que tenemos acerca de Él, sino según su perfecto amor. He aquí el consuelo y el sostén de nuestras almas al atravesar el tempestuoso mar de la vida, en camino hacia nuestro reposo eterno. Cristo está en la barca. Esto siempre nos basta. Descansemos con calma en él. ¡Ojalá que, en el fondo de nuestros corazones, siempre pueda haber esta calma profunda que proviene de una verdadera confianza en Jesús. Entonces, aunque la tempestad ruja y se encrespen las olas hasta lo sumo, no diremos: “¿No tienes cuidado que perecemos?” ¿Podemos acaso perecer con el Maestro a bordo? ¿Podemos pensar eso alguna vez, teniendo a Cristo en nuestros corazones? Quiera el Espíritu Santo enseñarnos a servirnos más plena, libre y ardentemente de Cristo. Realmente necesitamos esto justamente ahora, y lo necesitaremos cada vez más. Nuestro corazón debe asir a Cristo mismo por la fe y gozar de él. ¡Que esto sea para su gloria y para nuestra paz y gozo permanentes!

Podemos señalar todavía, para terminar, cómo afectó a los discípulos la escena que acabamos de ver. En lugar de la calma adoración de aquellos cuya fe ha recibido respuesta, manifiestan el asombro de aquellos cuyos temores fueron objeto de reproche. “Entonces temieron con gran temor, y se decían el uno al otro: ¿Quién es éste, que aun el viento y el mar le obedecen?” (v. 41). Seguramente, tendrían que haberlo conocido mejor. Sí, querido lector, y nosotros también.

4

EL CRISTIANO Y LA LEY

¿Es la ley una «regla de vida» para el cristiano?

Hay tres importantes puntos, relacionados entre sí, que a veces son tergiversados, sobre los cuales quisiéramos escribir unas palabras con el solo fin de guardar la verdad de toda falsificación, y de remover, dentro de nuestras capacidades, un tropiezo del camino de los lectores honestamente interesados en la verdad de Dios. Estos puntos son, el sábado, la ley y el ministerio cristiano. En esta ocasión sólo vamos a considerar el tema de la ley en relación con el cristiano, dejando para otra oportunidad los otros dos puntos.

A la ley se la contempla erróneamente de dos maneras:

- Primero, como fundamento de la justificación, y
- Segundo, como regla de vida del cristiano

Un pasaje o dos de la Escritura serán suficientes para zanjar la cuestión tanto de lo uno como de lo otro. En cuanto a la justificación:

“Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3:20).

“Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Romanos 3:28).

“Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado” (Gálatas 2:16).

En cuanto al hecho de ser una regla de vida, leemos:

“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios” (Romanos 7:4).

“Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu [lit.: ‘en

novedad de espíritu', véase Lacueva] y no bajo el régimen viejo de la letra" (Romanos 7:6).

Obsérvense dos cosas en este último pasaje citado:

1.º "Estamos libres de la ley"

2.º No para hacer lo que agrada a la vieja naturaleza, sino para que sirvamos "en novedad de espíritu".

Aunque fuimos librados de esclavitud, es nuestro privilegio "servir" en libertad. Asimismo, leemos también en este capítulo:

"Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte" (v. 10).

Evidentemente, la ley no demostró ser una prueba de vida para él.

"Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí" (v. 9).

Independientemente de quién represente el "yo" en este capítulo de la epístola a los Romanos, él estaba vivo hasta que vino la ley, y entonces murió. De ahí, pues, que la ley no podía haber sido una regla de vida para él; ella, en realidad, era todo lo contrario: una regla de muerte.

Es evidente, pues, que un pecador no puede ser justificado por las obras de la ley; y es igualmente

evidente que la ley no constituye la regla de vida del creyente:

“Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas” (Gálatas 3:10).

La ley no reconoce ninguna distinción entre un hombre nacido de nuevo y otro que no lo es; maldice a todos los que intentan colocarse ante ella; rige y maldice a un hombre entretanto éste vive. Nadie como el verdadero creyente reconocerá plenamente que es incapaz de guardarla, y nadie así estaría más completamente bajo la maldición.

¿Cuál es, pues, el fundamento de nuestra justificación? Y ¿cuál es nuestra regla de vida? La Palabra de Dios responde de la siguiente manera: Somos “justificados por la fe de Cristo” (Gálatas 2:16), y Cristo es nuestra regla de vida. Él llevó todos “nuestros pecados en su propio cuerpo sobre el madero” (1.^a Pedro 2:24). Cristo fue “hecho por nosotros maldición” (Gálatas 3:13). Él bebió por nosotros la copa de la justa ira de Dios “hasta sus sedimentos” (Isaías 51:17; Juan 18:11). Despojó a la muerte de su aguijón, y al sepulcro de su victoria (1.^a Corintios 15:55-56). Dio su vida por nosotros. Descendió hasta la muerte, donde estábamos nosotros, a fin de conducirnos a una eterna asociación con Él en vida, justicia, favor y gloria delante de nuestro Dios y de Su Dios, de nuestro Padre y

de Su Padre. (Véanse cuidadosamente los siguientes pasajes: Juan 20:17; Romanos 4:25; Romanos 5:1-10; Romanos 6:1-11; Romanos 7. Romanos 8:1-4; 1.^a Corintios 1:30, 31; 1.^a Corintios 6:11; 1.^a Corintios 15:55-57; 2.^a Corintios 5:17-21; Gálatas 3:13, 25-29; Gálatas 4:31; Efesios 1:19-23; Efesios 2:1-6; Colosenses 2:10-15; Hebreos 2:14, 15; 1.^a Pedro 1:23.).

Si el lector pondera con oración todos estos pasajes de las Escrituras, verá claramente que no somos justificados por las obras de la ley, y no sólo eso, sino que también verá cómo somos justificados. Verá los profundos y sólidos fundamentos de la vida, la justicia y la paz cristianas, conforme a los consejos eternos que Dios tenía en sus planes, puestos en la consumada expiación de Cristo, desarrollados por Dios el Espíritu Santo en la Palabra escrita, y hechos efectivos en la bienaventurada experiencia de todos los verdaderos creyentes.

Luego, en cuanto a la regla de vida del creyente, el apóstol no dice: «Para mí el vivir es la ley», sino: “Para mí el vivir es Cristo” (Filipenses 1:21). Cristo es nuestra regla, nuestro modelo, nuestra piedra de toque, nuestro todo. Lo que el cristiano debiera preguntarse continuamente en su vida, no es: «¿Es esto conforme a la ley?», sino: «¿Es esto conforme a Cristo?». La ley nunca podría enseñarme a amar, a bendecir y a orar por mis enemigos; pero esto es precisamente lo que el Evangelio me enseña a hacer, y lo que la nueva naturaleza me lleva a hacer. “El

cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:10), y si yo no obstante fuese a buscar justificación por la ley, estaría perdido; y si fuese a hacer de la ley mi norma de acción, erraría totalmente mi propio blanco. Fuimos predestinados para ser conformados, no a la ley, sino a la imagen del Hijo de Dios. Debemos ser como Él. (Véanse los siguientes pasajes: Mateo 5:21-48; Romanos 8: 29; 1.^a Corintios 13:4-8; Romanos 13:8-10; Gálatas 5:14-26; Efesios 1:3-5; Filipenses 3:20, 21; Filipenses 2:5; Filipenses 4:8; Colosenses 3:1-7).

A algunos les parece una paradoja que se diga que “la justicia de la ley se cumple en nosotros” (Romanos 8:4) y a la vez que no podemos ser justificados por la ley, ni hacer de la ley nuestra regla de vida. Sin embargo, así es si hemos de formar nuestras convicciones por la Palabra de Dios. Tampoco para la mente renovada existe la menor dificultad en el entendimiento de esta bendita doctrina. Nosotros estábamos, por naturaleza, “muertos en nuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1), y ¿qué puede hacer un hombre muerto? ¿Cómo puede un hombre obtener la vida guardando aquello que requiere vida para poder ser guardado; una vida que no tiene? Y ¿cómo obtenemos nosotros la vida? Cristo es nuestra vida. Vivimos en Aquel que murió por nosotros; somos bendecidos en Aquel que fue hecho maldición por nosotros al ser colgado en un madero; somos justos en Aquel que fue hecho pecado por nosotros; somos traídos

cerca en Aquel que fue arrojado fuera por nosotros (Romanos 5:6-15; Efesios 2:4-6; Gálatas 3:13).

Teniendo así, pues, vida y justicia en Cristo, somos llamados a andar como Él anduvo, y no simplemente a andar como un judío. Somos llamados a purificarnos así como él es puro; a andar en sus pisadas; a anunciar sus virtudes; a manifestar su Espíritu (Juan 13:14, 15; Juan 17:14-19; 1.^a Pedro 2:21; 1.^a Juan 2:6, 29; 1.^a Juan 3:3).

Concluiremos nuestras observaciones sobre este tema sugiriendo al lector dos preguntas, a saber:

(1) ¿Podrían los Diez Mandamientos sin el Nuevo Testamento ser una regla de vida suficiente para el creyente?

(2) ¿Podría el Nuevo Testamento sin los Diez Mandamientos ser una regla de vida suficiente?

Seguramente aquello que es insuficiente, no puede ser nuestra regla de vida. Recibimos los Diez Mandamientos como parte del canon de la inspiración; y, además, creemos que la ley permanece plenamente vigente para regir y maldecir a un hombre en tanto que éste vive. Que un pecador tan sólo intente obtener vida mediante la ley, y verá dónde ésta lo emplazará; y que un creyente tan sólo dirija su camino conforme a ella, y verá lo que la ley hará de él. Estamos plenamente convencidos de que si un hombre anda conforme al espíritu del Evangelio, no

cometerá homicidio ni hurtará; pero también estamos convencidos de que todo hombre que se circunscriba a las normas de la ley de Moisés, se desviará totalmente del espíritu del Evangelio.

El tema de “la ley” demandaría una exposición mucho más elaborada, pero los límites de este breve escrito que me he propuesto, no lo permitirían, y nos vemos obligados así a encomendar al lector la consideración de los diversos pasajes de la Escritura a los que hemos hecho referencia y que los examine con cuidado. De este modo —creemos con certeza— llegará a una sana conclusión, y será independiente de toda enseñanza e influencia humanas. Verá cómo un hombre es justificado libremente por la gracia de Dios, a través de la fe en un Cristo crucificado y resucitado; verá que es hecho “participante de la naturaleza divina”, e introducido en una condición de justicia divina y eterna, siendo totalmente libre de toda condenación; verá que en esta santa y elevada posición, Cristo es su objeto, su tema, su modelo, su regla, su esperanza, su gozo, su fuerza, su todo; verá que la esperanza puesta delante de él, es estar con Jesús donde Él está, y ser semejante a Él por siempre. Y verá asimismo que si como pecador perdido halló perdón y paz a los pies de la cruz, él no es, como un hijo acepto y adoptado, enviado de nuevo a los pies del Monte Sinaí, para ser allí aterrado y rechazado por las terribles maldiciones de una ley quebrantada (Hebreos 12:18-24). El Padre no podía pensar en regir con una ley de hierro al hijo pródigo a

quien Él había recibido en Su seno con la más pura, profunda y rica gracia. ¡Oh, no! “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios” (Romanos 5:1-2). El creyente es justificado, no por obras, sino por medio de la fe; él se halla, no en la ley, sino en la gracia; y aguarda, no el juicio, sino la gloria.

5

EL DOMINIO PROPIO

La palabra griega traducida "templanza" en 2.^a Pedro 1:6 en la versión inglesa King James tiene un significado mucho más profundo que el que normalmente se le asigna a ese término. Usualmente la palabra "templanza" se aplica a los hábitos de moderación con referencia a comer y beber. No cabe duda de que éste es parte de su significado, pero el sentido en el griego es mucho más amplio. De hecho, la palabra griega empleada por el inspirado apóstol significa propiamente "dominio propio" (como en la versión española Reina-Valera), y transmite la idea de uno que tiene el dominio de sí mismo de forma habitual y que sabe gobernar el yo.

Ejercer el dominio de uno mismo es, en efecto, una gracia extraordinaria y admirable, la cual comunica su bendita influencia sobre toda la marcha, el carácter y la conducta del individuo. Esta gracia no sólo afecta directamente uno, dos o veinte hábitos egoístas, sino que ejerce su efecto sobre el yo en toda la gama y variedad de ese tan amplio y odioso término. Más de uno que miraría con orgulloso desdén a un glotón o a un borracho, puede él mismo faltar a toda hora de manifestar la gracia del dominio propio. Ciertamente, los excesos en la comida y la bebida deben ser clasificados junto con las formas más viles y degradantes de egoísmo. Deben ser considerados como parte de los frutos más amargos de este árbol tan extendido del yo. El yo, en efecto, es un árbol, y no solamente la rama de un árbol ni el fruto de una rama, y nosotros no sólo debemos juzgar el yo cuando está activo, sino controlarlo para que no actúe.

Puede que alguno pregunte: «¿Cómo puedo controlar el yo?» La bendita respuesta es simple: "Todo lo puedo en Cristo que me fortalece" (Filipenses 4:13). ¿No hemos obtenido la salvación en Cristo? Sí, bendito sea Dios, la hemos obtenido. ¿Y qué incluye esta palabra maravillosa? ¿Es simplemente la liberación de la ira venidera? ¿Es meramente el perdón de nuestros pecados y la seguridad de estar librados del lago que arde con fuego y azufre? Por más preciosos que fueren estos privilegios, la "salvación" abarca mucho más que ello. En una palabra, "salvación" implica una plena aceptación de Cristo con el corazón,

como mi "sabiduría" para guiarme fuera de la oscuridad de la insensatez y de los caminos torcidos, hacia los caminos de luz y de paz celestial; como mi "justicia" para justificarme delante de un Dios santo; como mi "santificación" para hacerme prácticamente santo en todos mis caminos; y como mi "redención" para darme liberación final de todo el poder de la muerte, y entrada en los campos eternos de gloria (1.^a Corintios 1:30).

Por eso, es evidente que el "dominio propio" está incluido en la salvación que tenemos en Cristo. Es el resultado de esa santificación práctica de que nos ha dotado la gracia divina. Debemos guardarnos con cuidado del hábito de tener una visión estrecha de la salvación. Debemos procurar entrar en toda su plenitud. Es una palabra que se extiende desde la eternidad hasta la eternidad y abarca, en su poderoso barrido, todo los detalles prácticos de la vida diaria. No tengo ningún derecho de hablar de salvación de mi alma en el futuro mientras rehúse conocer y manifestar su influencia práctica en mi conducta en el presente. Somos salvos, no sólo de la culpa y la condenación del pecado, sino del poder, la práctica y el amor de él en su plenitud. Estas cosas nunca deben separarse; y ninguno que ha sido divinamente enseñado en cuanto al significado, magnitud y poder de esa palabra preciosa —salvación—, lo hará.

Al presentar ahora a mi lector unas observaciones prácticas sobre el asunto del dominio propio, voy a

considerarlo bajo las tres divisiones siguientes, a saber: a) los pensamientos, b) la lengua y c) el temperamento. Doy por sentado que me estoy dirigiendo a personas salvas. Si mi lector no lo fuere, sólo puedo dirigirlo a la única senda verdadera y viviente: "Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo tú y tu casa" (Hechos 16:31). Pon tu entera confianza en Él y estarás tan seguro como Él mismo lo es. Ahora procederé a tratar el práctico y tan necesario tema del dominio propio.

En primer lugar, trataremos acerca de nuestros pensamientos y del control que habitualmente debemos ejercer sobre ellos. Supongo que hay pocos cristianos que no han padecido pensamientos perversos: esos intrusos molestos que aparecen en nuestra más profunda intimidad, perturbando continuamente el descanso de nuestra mente, y que tan frecuentemente oscurecen la atmósfera alrededor de nosotros y nos privan de mirar arriba con una vista clara y plena hacia el cielo luminoso. El salmista podía decir, "Los pensamientos vanos aborrezco" (Salmo 119:113). Son verdaderamente aborrecibles y deben ser juzgados, condenados y desechados. Alguien, hablando del asunto de los malos pensamientos, dijo: «Yo no puedo impedir que los pájaros vuelen sobre mí, pero sí puedo evitar que se posen en mí.» Asimismo, no puedo evitar que los malos pensamientos surjan en mi mente, pero sí puedo impedir que se alojen en ella."

Pero ¿cómo podemos controlar nuestros pensamientos? No más de lo que podríamos borrar nuestros pecados o crear un mundo. ¿Qué deberíamos hacer? Mirar a Cristo. Éste es el verdadero secreto del dominio propio. Él puede guardarnos, no sólo de que se alojen malos pensamientos, sino también de que los tales surjan en nuestra mente. No podríamos prevenir lo uno ni lo otro. Él puede prevenir ambas cosas. Él puede evitar no sólo que los viles intrusos entren, sino que también golpeen a la puerta. Cuando la vida divina está en su actividad, cuando la corriente de pensamiento y sentimiento espiritual es profunda y rápida, cuando los afectos del corazón están intensamente ocupados con la Persona de Cristo, los vanos pensamientos no vienen a atormentarnos. Sólo cuando nos dejamos invadir por la indolencia espiritual, los malos pensamientos vienen sobre nosotros. Entonces nuestro único recurso es fijar nuestros ojos en Jesús. Podríamos también intentar combatir contra las organizadas huestes del infierno, así como contra una horda de malos pensamientos. Mas nuestro refugio es Cristo. Él ha sido hecho para nosotros “santificación”. Podemos hacer todas las cosas por medio de Él. Sólo tenemos que llevar el nombre de Jesús contra el diluvio de malos de pensamientos, y Él dará con toda seguridad una plena e inmediata liberación.

Sin embargo, el medio más excelente para ser preservado de las sugerencias del mal consiste en estar ocupados con el bien. Cuando la corriente del

pensamiento fluye invariablemente hacia arriba, cuando es profundo y perfectamente estable, sin ningún desvío ni lagunas, entonces la imaginación y los sentimientos, que brotan de las profundas fuentes del alma, fluirán naturalmente hacia adelante en el lecho de dicho canal. Éste es indiscutiblemente el camino más excelente. ¡Ojalá que lo probemos en nuestra propia experiencia! "Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si alguna alabanza, en esto pensad. Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz será con vosotros" (Filipenses 4:8-9). Cuando el corazón está lleno de Cristo, habiendo incorporado de forma viva todas las cosas enumeradas en el versículo 8, disfrutamos de una paz profunda e imperturbable frente a los malos pensamientos. Éste es el verdadero dominio propio.

En segundo lugar, podemos pensar en la lengua, ese miembro influyente tan fructífero para el bien como para el mal, el instrumento con el que podemos proferir acentos de dulce y tierna simpatía, o palabras de amargo sarcasmo y de ardiente indignación. ¡Qué importancia enorme tiene la gracia del dominio propio en su aplicación a tal miembro! Graves daños, irreparables con el tiempo, puede causar la lengua en un instante. Palabras por las cuales daríamos el mundo para que fuesen borradas, puede proferir la lengua en un momento de

descuido. Oigamos lo que el inspirado apóstol dice sobre este asunto:

"Porque todos ofendemos en muchas cosas. Si alguno no ofende en palabra, éste es varón perfecto, que también puede con freno gobernar todo el cuerpo. He aquí nosotros ponemos frenos en las bocas de los caballos para que nos obedezcan, y gobernamos todo su cuerpo. Mirad también las naves: aunque tan grandes, y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde quisiere el que las gobierna. Así también, la lengua es un miembro pequeño, y se gloria de grandes cosas. ¡He aquí, un pequeño fuego ¡cuán grande bosque enciende! Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. Así la lengua está puesta entre nuestros miembros, la cual contamina todo el cuerpo, é inflama la rueda de la creación, y es inflamada del infierno. Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres de la mar, se doma y es domada de la naturaleza humana: Pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado; llena de veneno mortal." (Santiago 3:2-8).

¿Quién entonces puede controlar la lengua? "Ningún hombre" es capaz de hacerlo, pero Cristo sí puede, y nosotros sólo tenemos que contemplarlo a Él, con simple fe. Esto implica la conciencia tanto de nuestra absoluta impotencia como de Su plena suficiencia. Es absolutamente imposible que seamos capaces de

controlar la lengua. Es lo mismo que si intentáramos detener la marea del océano, los ríos de deshielo o el alud de la montaña. ¡Cuántas veces, al sufrir las consecuencias de alguna equivocación de la lengua, hemos resuelto ordenar a ese miembro desobediente algo mejor la próxima vez, pero nuestras resoluciones resultaron ser como el rocío de la mañana que se desvanece, y no tuvimos más remedio que retirarnos y llorar por nuestro deplorable fracaso en el asunto del dominio propio! ¿A qué se debió esto? Simplemente a que nosotros emprendimos esta obra sobre la base de nuestras propias fuerzas o por lo menos sin tener una conciencia suficientemente profunda de nuestra propia debilidad. Ésta es la causa de constantes fracasos. Debemos aferrarnos a Cristo como un niño se aferra a su madre. Esto no significa que el hecho de aferrarnos tenga algún mérito en sí mismo; sin embargo, debemos aferrarnos a Cristo, pues ésta es la única manera en que podemos refrenar la lengua con éxito. Recordemos siempre estas palabras solemnes y escudriñadoras del mismo apóstol Santiago: " Si alguno piensa ser religioso entre vosotros, y no refrena su lengua, sino engañando su corazón, la religión del tal es vana." (Santiago 1:26). Son éstas palabras saludables para un tiempo como el presente cuando tantas lenguas desobedientes y vanas palabras pululan por doquier. ¡Ojalá que tengamos gracia para prestar oídos a estas palabras! ¡Que su santa influencia cale hondo en nuestros caminos!

El tercer punto que vamos a considerar es el temperamento o el carácter, el cual se halla íntimamente relacionado con la lengua y con los pensamientos. Cuando la fuente del pensamiento es espiritual, y la corriente celestial, la lengua es sólo el agente activo para el bien, y el temperamento será calmo y apacible. Si Cristo mora en el corazón por la fe, todo se halla bajo control. Sin Él, nada tiene valor. Yo puedo poseer y manifestar la calma de un Sócrates, y al mismo tiempo ignorar por completo el "dominio propio" de que habla el apóstol Pedro en 2.^a Pedro 1:6. Este último se funda en la "fe"; mientras que la calma estoica de los sabios de este mundo se funda sobre el principio de la filosofía: dos cosas totalmente diferentes. No debemos olvidar que se nos dice: "Agregad a vuestra fe, virtud..." Esto pone a la fe primero como el único eslabón que vincula el corazón con Cristo, la fuente viviente de todo poder. Teniendo a Cristo y permaneciendo en Él, somos hechos capaces de agregar a la fe "virtud, conocimiento, dominio propio, paciencia, piedad, afecto fraternal, amor". Tales son los preciosos frutos que brotan como resultado de permanecer en Cristo. Pero yo no puedo controlar mi temperamento más que mi lengua o mis pensamientos, y si me propusiera hacerlo, con toda seguridad fracasaré a cada instante. Un filósofo sin Cristo puede que manifieste un mayor dominio sobre sí mismo, su carácter y su lengua que un cristiano, si éste no permanece en Cristo. Esto no tendría que ocurrir y no ocurriría si tan sólo el cristiano considerara a Jesús. Sólo cuando falla en este punto, el

enemigo gana ventaja. El filósofo sin Cristo tiene un éxito aparente en la obra tan importante del dominio propio, sólo que así puede estar más efectivamente cegado acerca de la realidad de su condición delante de Dios, y ser arrastrado precipitadamente a la perdición eterna. Satanás se deleita cuando hace tropezar y caer a un cristiano, haciendo así que éste halle así una ocasión para blasfemar el nombre precioso de Cristo.

Lector cristiano, tengamos en cuenta estas cosas. Consideremos a Cristo a fin de que controle nuestros pensamientos, nuestra lengua y nuestro temperamento. Prestemos "toda diligencia". Sopesemos todo lo que esto involucra. "Porque si en vosotros hay estas cosas, y abundan, no os dejarán estar ociosos, ni estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Mas el que no tiene estas cosas, es ciego, y tiene la vista muy corta, habiendo olvidado la purificación de sus antiguos pecados" (2.^a Pedro 1:8-9). Estas palabras son profundamente solemnes. ¡Con qué facilidad caemos en un estado de ceguedad y negligencia espiritual! Ninguna medida de conocimiento, ya de doctrina, ya de la letra de la Escritura, preservará al alma de esta horrible condición. Únicamente "el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo" será de provecho. Y este conocimiento crecerá en el alma "dando toda la diligencia para agregar a nuestra fe" los diversos dones de gracia a los que el apóstol se refiere en el pasaje tan eminentemente práctico que cala hondo en nuestra alma. "Por lo cual,

hermanos, procurad tanto más de hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será abundantemente administrada la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (v. 10-11).

6

EL CRISTIANISMO

¿En qué consiste?

En otra ocasión, sostuvimos que la Biblia —y no un sistema particular de teología deducido de ella— era la guía suprema y plenamente suficiente de la Iglesia, en todas las épocas, en todas las latitudes y bajo todas las circunstancias. Ahora nos proponemos presentar a nuestros lectores, no una forma particular de religiosidad humana, sino el cristianismo en su excelencia moral y en su belleza divina, tal como está ilustrado en este conocido pasaje de la epístola a los Filipenses. No osamos tomar la defensa de los hombres ni de sus sistemas. Los hombres yerran en su teología y en su moral, pero la Biblia y el cristianismo permanecen

inalterables e inquebrantables. ¡Qué gracia indecible! ¿Quién podría apreciarla debidamente? Poseer una regla perfecta de teología y de moral, es un privilegio por el que jamás podríamos estar suficientemente agradecidos. Poseemos esta norma —bendito sea Dios— en la Biblia y en el cristianismo que ella expone. Los hombres pueden errar en sus creencias y faltar en su conducta, pero la Biblia no deja de ser la Biblia, y el cristianismo no deja de ser el cristianismo.

Ahora bien, creemos que el tercer capítulo de la epístola a los Filipenses nos presenta el modelo de un verdadero cristiano, un modelo según el cual todo cristiano debería ser formado. El hombre que se nos muestra aquí, podía decir por el Espíritu Santo: “Hermanos, sed imitadores de mí” (Filipenses 3:17). Él no habla así en su carácter de apóstol, ni como hombre dotado de dones extraordinarios, habiendo tenido el privilegio de haber visto inefables visiones. En este versículo 17 de nuestro capítulo, no oímos a Pablo el apóstol ni a Pablo el vaso dotado, sino a Pablo el cristiano. Nosotros no podríamos seguirlo en su brillante carrera como apóstol. No podríamos seguirlo en su arrebatamiento al tercer cielo; pero sí podemos seguirlo en su marcha cristiana a través de este mundo; y nos parece que en este capítulo tenemos una vista completa de esta marcha, y no solamente de la marcha en sí, sino también del punto de partida y de la meta. Vamos, pues, a considerar:

- Primero: La posición del cristiano
- Segundo: El objeto del cristiano
- Tercero: La esperanza del cristiano

¡Que el Espíritu Santo sea nuestro instructor, mientras nos detenemos un poco en estos puntos tan importantes y tan llenos de interés! Y ahora, abordemos el primer punto:

1. La posición del cristiano

Este punto, en nuestro capítulo, se halla desarrollado de manera doble. No sólo se nos dice lo que es la posición del cristiano, sino también lo que no es. Si alguna vez ha existido un hombre que pudiera jactarse de tener su propia justicia con la cual estar delante de Dios, ése ha sido Pablo. “Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable” (Filipenses 3:4-6).

He aquí un muy notable catálogo que presenta todo lo que se podría desear para constituir una buena posición en la carne. Nadie podía aventajar a Saulo de Tarso. Él era un judío de pura cepa, de una conducta irreprochable, con un celo ferviente y una devoción inquebrantable. En sus principios, era un perseguidor de la Iglesia. Como judío,

era imposible que no viese que los fundamentos mismos del judaísmo eran sacudidos por la nueva economía de la Iglesia de Dios. Era absolutamente imposible que el judaísmo y el cristianismo pudiesen subsistir sobre el mismo terreno, o que pudiesen reinar juntos sobre el mismo espíritu. Un rasgo especial del antiguo sistema era la estricta separación de judíos y de gentiles; un rasgo especial del último es la íntima unión de ambos en un solo y mismo cuerpo. El judaísmo erigía y mantenía la pared intermedia de separación; mientras que el cristianismo la derribó para siempre.

Por tal motivo, Saulo de Tarso, como celoso judío, no podía ser sino un ardiente perseguidor de la Iglesia de Dios. Ello era parte de su religión, en la cual él “aventajaba a muchos de sus contemporáneos en su nación”, siendo “mucho más celoso” (Gálatas 1:14). Saulo tenía todo lo que se podía tener bajo forma de religión; cualquiera fuese la altura que el hombre podría alcanzar, él la alcanzaba. No se le escapaba nada que pudiese contribuir a construir el edificio de su propia justicia, de la justicia en la carne, de la justicia en la vieja creación. Le fue permitido apropiarse de todas las atracciones de una justicia legal, a fin de que pudiese arrojarlas lejos de él en medio de las glorias más brillantes de la justicia divina. “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor,

por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Filipenses 3:7-9).

Debemos notar aquí que el pensamiento más sobresaliente en este pasaje no es el de un pecador culpable que echa mano de la sangre de Jesús para obtener el perdón, sino más bien el de un legalista que echa de lado, como escoria, su propia justicia, por haber encontrado una mejor. Ni precisamos mencionar que Pablo era un pecador por naturaleza, “el primero de los pecadores”, y que, como tal, tuvo que apropiarse de la sangre preciosa de Cristo, y hallar allí el perdón, la paz y la aceptación para con Dios. Muchos pasajes del Nuevo Testamento nos enseñan esto; pero no es éste el pensamiento principal del capítulo que estamos considerando. Pablo no está hablando de sus pecados sino de sus ganancias. No está ocupado con sus necesidades como pecador, sino de sus ventajas como hombre, como hombre en la carne, como hombre en la vieja creación, como judío, en una palabra.

Es cierto, benditamente cierto, que Pablo trajo todos sus pecados a la cruz y que ellos fueron lavados en la sangre expiatoria de la divina ofrenda por el pecado. Pero vemos otra cosa en este importante pasaje. Vemos a un hombre legalista arrojando lejos de sí su propia justicia y

estimándola como una cosa repugnante y sin valor en comparación con un Cristo resucitado y glorificado, quien es la justicia del cristiano, la justicia que pertenece a la nueva creación. Pablo tenía pecados que lamentar, pero tenía una justicia en la cual podía gloriarse. Tenía culpa en la conciencia, y laureles en la frente. Tenía abundantes cosas de que avergonzarse, y abundantes cosas de que gloriarse. Pero el punto principal que se presenta en Filipenses 3:4-8 no es el de un pecador cuyos pecados han sido perdonados, su culpa borrada y su vergüenza cubierta, sino el de un legalista que deja atrás su propia justicia, el de un erudito que se despoja de todos sus laureles, el de un hombre que abandona su vanagloria por la sencilla razón de que ha hallado la verdadera gloria, el galardón inmarcesible y una eterna justicia en la Persona de un Cristo victorioso y exaltado. No se trataba solamente de que Pablo, el pecador, tuviese necesidad de una justicia, porque, en realidad, él no tenía ninguna; sino de que Pablo, el fariseo, prefería la justicia que le fue revelada en Cristo, porque ella era infinitamente mejor y más gloriosa que toda otra.

Sin duda, Pablo, como pecador, tenía necesidad de una justicia, en la cual pudiese estar de pie ante Dios, como todo otro pecador; pero no es eso lo que él nos presenta en este capítulo. Deseamos que nuestros lectores comprendan con claridad este punto, a saber, que no es sólo cuestión de que mis pecados me muevan hacia Cristo, sino de que Sus excelencias me atraen a Él. Es cierto que

tengo pecados y que, por lo tanto, necesito a Cristo; pero aunque tuviese una justicia, la arrojaría lejos de mí y sería dichoso de refugiarme “en Él”. Sería una positiva “pérdida” para mí el tener una justicia propia, ya que Dios me ha provisto en su gracia de tan gloriosa justicia en Cristo. Es como Adán en el huerto de Edén; estaba desnudo y, en consecuencia, se hizo un delantal; pero habría sido una “pérdida” para él el hecho de conservar el delantal después que Jehová Dios le hiciera una túnica. Seguramente era muchísimo mejor tener una túnica hecha por la mano de Dios, que un delantal hecho por la mano del hombre. Así pensó Adán, así pensaba Pablo, y así pensaban todos los santos de Dios cuyos nombres hallamos grabados en las páginas sagradas. Es mejor estar en la justicia de Dios, que es por la fe, que estar en la justicia del hombre, que es por las obras de la ley. No es solamente una gracia ser librados de nuestros pecados mediante el remedio que Dios proveyó, sino que es también una gracia ser librados de nuestra justicia y aceptar, en lugar de ella, la justicia que Dios reveló.

Así pues, vemos que la posición de un cristiano está en Cristo. “Hallado en él” (Filipenses 3:9). Ésta es la posición cristiana. Nada más ni nada menos que ésta. No es que una parte esté en Cristo y la otra en la ley, una parte en Cristo y otra en las ordenanzas. No; se halla toda “en él”. Ésta es la posición que el cristianismo provee. Si se la tocase en lo más mínimo, no sería más el cristianismo. Puede que se trate de algún «ismo» antiguo, de un «ismo»

medieval o de algún «ismo» nuevo; pero si fuese otra cosa que no sea solamente “hallado en él”, seguramente no sería el cristianismo del Nuevo Testamento. Vemos, pues, la importancia, en el tiempo en que vivimos, de actuar en las conciencias de nuestros lectores. Les suplicamos que consideren bien este primer punto, como lo ha expresado un himno: «En Cristo está nuestra posición.» Él es nuestra justicia; él mismo, el Cristo crucificado, resucitado, exaltado y glorificado. Sí, él es nuestra justicia. “Ser hallado en él”, he aquí la propia posición cristiana. No es el judaísmo, el catolicismo, ni ningún otro «ismo». No es ser miembro de esta iglesia o de tal otra, sino que es estar en Cristo. Éste es el gran fundamento del verdadero cristianismo práctico. Ésta es, en una palabra, la posición del cristiano.

2. El objeto del cristiano

Aquí nuevamente vemos que el cristianismo nos coloca delante de Cristo solo. El hecho “de conocerle” (Filipenses 3:10) constituye la aspiración del verdadero cristiano. Si la posición del cristiano es “ser hallado en él”, “conocerle” constituye su único objeto, su única meta. La filosofía de los antiguos tenía un adagio que era constantemente presentado a la atención de sus discípulos: «Conócete a ti mismo.» El cristianismo, al contrario, tiene otra palabra, que tiende a un objeto más noble y elevado. Nos insta a conocer a Cristo, a hacer de él el objeto de nuestro corazón, a fijar nuestra mirada en él.

Esto y sólo esto constituye el objeto del cristiano. Tener cualquier otro objeto no constituye en absoluto el cristianismo, y lamentablemente los cristianos tienen otros objetos en que ocuparse. Por eso decíamos al principio de nuestro artículo, que lo que deseábamos presentar a nuestros lectores es el cristianismo y no la marcha de los cristianos. Poco importa cuál sea el objeto que nos ocupa; desde el momento que no es Cristo, no es el cristianismo. El anhelo del verdadero cristiano tenderá siempre hacia lo que se dice en estas palabras: “A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte” (v. 10).

La meta del cristiano no es hacer su camino en el mundo, ir en busca del dinero, procurar alcanzar una posición social elevada, buscar engrandecer su familia, hacerse de un nombre y buscar fama. Él no aspira a ser considerado un gran hombre, un hombre rico, un hombre popular. No, ninguna de estas cosas es un objeto cristiano. Ellas pueden constituir las aspiraciones de aquellos que no han hallado mejores bienes; pero el cristiano ha hallado a Cristo. En esto reside toda la diferencia. Puede parecer natural para un hombre que no conoce a Cristo como su justicia, hacer lo mejor que pueda para forjar su propia justicia; pero para aquel cuya posición está en un Cristo resucitado, la más perfecta justicia que pudieran producir los esfuerzos humanos, no sería más que una pérdida. Es exactamente lo mismo cuando se trata de un objeto. La

cuestión no es decir: «¿Qué hay de malo en tal o cual cosa?», sino: «¿Es esto de Cristo?».

Es útil considerar esto, pues estamos seguros de que una de las grandes causas de la baja condición espiritual que prevalece entre los cristianos, se debe justamente al hecho de que la mirada es quitada de Cristo, y fijada en tal o cual objeto inferior. El objeto puede tener en sí mismo cierto valor moral para un hombre del mundo, para un hombre que no ve nada más allá de su lugar en la naturaleza, en la vieja creación. Pero, para el cristiano, no es así. Él no es de este mundo. Está en el mundo, pero no es del mundo. Ellos “no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo”, dice nuestro amado Señor (Juan 17:14). “Nuestra ciudadanía está en los cielos” (Filipenses 3:20), y nunca debiéramos estar satisfechos con un objeto inferior a Cristo. No importa en lo más mínimo la posición social en la cual estemos. Un hombre puede ser un recolector de residuos o un príncipe, o puede ocupar uno de los numerosos grados entre estos dos extremos sociales; es todo lo mismo si Cristo constituye su único y verdadero objeto. No es la condición social de un hombre, sino el objeto que persigue, lo que le confiere su carácter.

El apóstol Pablo no tenía sino un solo objeto: Cristo. Ya sea que se quedase en un lugar o que estuviese de viaje, que predicase el Evangelio o que juntase ramas secas para las estacas (Hechos 18), que estableciese iglesias o que hiciera tiendas, su objeto era Cristo. Tanto de noche como

de día, en casa o fuera de ella, por mar o por tierra, solo o con otros, en público o en privado, Pablo podía decir: “Una cosa hago” (v. 13); y esto, notémoslo bien, no se trata solamente de Pablo el diligente apóstol, Pablo el santo arrebatado al tercer cielo, sino de Pablo el cristiano vivo, activo y caminante; de aquel que podía decirnos: “Hermanos, sed imitadores de mí” (v. 17). Y no deberíamos contentarnos con nada menos. Nuestras faltas —es triste decirlo, pero es cierto—, son numerosas; pero mantengamos siempre ante nuestros ojos el verdadero objeto. El escolar, que escribe unas líneas, sólo puede esperar que la página que redacta quede prolija si mantiene sus ojos fijos en la primera línea del encabezamiento que subrayó con una regla. Ahora bien, si luego aparta su mirada de la línea modelo, y se empieza a fijar en la última línea que acaba de trazar —lo cual es una tendencia muy común—, entonces cada línea subsiguiente se irá desviando cada vez más de la precedente. Lo mismo ocurre con nosotros: Apartamos la mirada de nuestro divino y perfecto modelo, y comenzamos a considerarnos a nosotros mismos, a fijarnos en nuestros propios esfuerzos, en lo que somos nosotros, en nuestros propios intereses, en nuestra reputación. Comenzamos a pensar en lo que estaría de acuerdo con nuestros principios, con la profesión que hacemos, con nuestra posición en el mundo, en lugar de pensar en el único objeto que el cristianismo pone ante nosotros, esto es, Cristo.

Pero —dirá alguno— ¿dónde se halla esto? En efecto, si lo buscamos en las filas de los cristianos de nuestros días, ello será ciertamente difícil. Pero es lo que nos dice el tercer capítulo de la epístola a los Filipenses, y esto ha de bastarnos. Hallamos allí un modelo del verdadero cristianismo, que debemos tener única y continuamente ante los ojos. Si nuestros corazones quisieran ir en pos de otras cosas, entonces juzguémoslos. Comparemos las líneas que trazamos con la línea modelo, y busquemos seriamente reproducir una copia fiel a partir de ella. Sin duda habremos de llorar por nuestras frecuentes caídas, pero estaremos ocupados con nuestro verdadero objeto, y tendremos así formado nuestro carácter cristiano; porque, no lo olvidemos, éste es el móvil que nos hace actuar, que forma nuestro carácter; cada objeto anhelado, forma nuestro carácter. Si mi meta es el dinero, seré avaro; si busco el poder, seré ambicioso; si amo las letras, seré un literato; si mi objeto es Cristo, seré cristiano. No se trata aquí de una cuestión de vida o de salvación, sino de cristianismo práctico. Si alguien nos pidiera que definamos en pocas palabras qué es un cristiano, en seguida responderíamos que es un hombre cuyo objeto es Cristo. Esto es muy simple. ¡Ojalá que podamos experimentar el poder de esta verdad, de manera de manifestar un carácter de discípulos más sano y vigoroso, en estos días en que tantos cristianos, lamentablemente, tienen sus pensamientos en las cosas terrenales!

Concluiremos este breve e imperfecto esbozo de un tema tan amplio e importante, con algunas palabras sobre la esperanza del cristiano.

3. La esperanza del cristiano

Este tercer y último punto se presenta en nuestro capítulo de una manera tan característica como los otros dos. La posición del cristiano es ser hallado en Cristo; el objeto del cristiano es conocer a Cristo, y su esperanza es ser semejante a Cristo. ¡Cuán admirablemente perfecto es el lazo que existe entre estas tres cosas! Desde el momento que me hallo en Cristo como mi justicia, anhelo conocerle como mi objeto, y cuanto más le conozco, tanto más ardientemente deseo ser semejante a él, esperanza que sólo puede concretarse cuando le vea tal como él es. Al poseer una justicia perfecta y un objeto perfecto, sólo anhelo una cosa más, a saber: acabar con todo lo que me impida gozar plenamente de este objeto. “Mas nuestra ciudadanía[1] está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Filipenses 3:20-21).

Y ahora, al reunir estos pensamientos, tenemos un cuadro completo del cristianismo. No hemos procurado desarrollar aquí ninguno de estos tres puntos mencionados; porque, bien podemos decir, cada uno de

ellos requeriría un volumen. El lector haría bien en continuar por sí solo con este admirable estudio. Que para ello se eleve por encima de las imperfecciones y de las inconsecuencias de los cristianos, para contemplar la grandeza moral del cristianismo, tal como este capítulo nos lo muestra en la vida y el carácter de Pablo; y que el lenguaje de su corazón sea: «Que otros hagan como quieran; en cuanto a mí, nada menos que este precioso modelo podrá satisfacer mi corazón; además, quiero quitar mi mirada de los hombres, para fijarla solamente en Cristo, y hallar todo mi gozo en él como mi justicia, mi objeto y mi esperanza.» ¡Que así sea para el escritor y para el lector, por amor a Jesús!

7

EL SEÑOR ES NUESTRO PASTOR

Es muy agradable a nuestro espíritu considerar el carácter del Señor Jesús como nuestro Pastor, en cualquiera de sus aspectos, ya sea como: “el buen pastor” (Juan 10:11) dando su vida por las ovejas; “el gran pastor” (Heb. 13:20) saliendo de la tumba, habiendo ya – en la grandeza de su fortaleza – despojado a la muerte de su aguijón y al sepulcro de su victoria; o, como “el príncipe de los pastores” (1Ped. 5:4), rodeado por todos sus pastores subordinados, quienes por amor a Su persona adorable, y por la gracia de Su espíritu, hayan vigilado y cuidado de la grey. De los cuales ceñirá las sienes con diademas de gloria. En todos los aspectos de la

historia de nuestro Pastor divino, es muy agradable y edificante pensar en Él.

Ciertamente, hay algo en el carácter de nuestro Señor como Pastor que se adapta de manera peculiar a nuestra condición actual. Por la gracia somos constituidos en “pueblo de su prado, y ovejas de su mano” (Sal. 95:7); y como a tales, precisamos de manera bien especial de un pastor. Como pecadores, culpables y arruinados, le necesitamos como el “Cordero de Dios” (Juan 1:29,36); su sangre expiatoria nos encuentra en aquel punto de nuestra historia y satisface nuestra urgente necesidad. Como adoradores, le necesitamos como al “gran sacerdote” (Heb. 10:21), cuyas vestiduras, la expresión comprensiva de sus atributos y requisitos, demuestran a nuestras almas de la manera más bendita cuán eficazmente Él se encarga de este oficio. Como ovejas, expuestas a peligros innumerables en nuestro peregrinaje a través del desierto oscuro en este día sombrío y tenebroso, verdaderamente podemos escuchar la voz de nuestro Pastor, cuya vara y cayado nos proporcionan la seguridad y estabilidad para poder caminar hacia el hogar celestial.

Ahora bien, en estos siete versículos de Lucas cap. 15, hallamos al Pastor presentado a nosotros en un aspecto profundamente interesante con respecto a su obrar bondadoso: se ve aquí buscando la oveja perdida. La parábola tiene un significado especial debido al hecho de

que fue colocada juntamente con la segunda acerca de la dracma perdida y la tercera acerca del hijo pródigo, como argumento a favor de las acciones de Dios repletas de gracia, en pro de los pecadores. (Es una sola “parábola”).

Dios, en la persona del Señor Jesús, había venido tan cerca del pecador, que el legalismo y el fariseísmo (representados por escribas y fariseos), se ofendieron por ello: “Este a los pecadores recibe, y con ellos come”. Aquí residía la ofensa de que la gracia divina fue imputada en el tribunal del corazón legal y orgulloso del hombre que se reputa justo a sí mismo. Pero el recibir así a los pecadores era la misma gloria de Dios – Dios manifestado en carne – Dios había descendido a la tierra. Fue por eso que Él bajó a este mundo arruinado. No dejó su trono en los cielos para bajar en búsqueda de los justos, pues ¿por qué tendría que buscar a los tales? ¿Quién pensaría en buscar cosa alguna sino solamente lo que se había perdido? Con toda seguridad la misma presencia de Cristo en este mundo demostró que había venido en busca de algo, y además, que ese algo estaba perdido. “El Hijo del hombre vino a buscar y a salvarlo que se había perdido” (Lc. 19:10).

El alma debería regocijarse en gran manera por el hecho de que fue como cosa perdida que provocó la gracia y la piedad del corazón del Pastor. Podemos preguntarnos qué fue lo impulsó el corazón de Jesús hacia nosotros, tal como somos; sí, podemos preguntárnoslo, pero solamente

la eternidad nos descifrará la respuesta de este enigma. Podríamos preguntar al pastor de la parábola por qué pensaba más en aquella oveja solitaria y perdida que en las noventa y nueve restantes no perdidas. ¿Cuál sería su respuesta? --- La oveja perdida es mía, es de gran valor para mí, y tengo que hallarla. Jesús podía ver – Él sólo – en un pecador desvalido, un objeto de valor para sí y por el cual se viera impelido a descender del trono de gloria del Padre para salvarlo.

8

EL MATRIMONIO

(Respuesta a una carta)

No nos sentimos con libertad de ofrecerle ningún consejo respecto de su situación. Usted debe acudir solamente a Dios. Cada uno debe aprender por sí mismo, en comunión con Dios, cuál es su propia senda en este solemne asunto. Siempre hemos encontrado que aquellos que fueron los más apresurados para ofrecer consejos, fueron los más incompetentes para darlos; mientras que, aquellos cuyo consejo merecía ser tomado en cuenta, fueron los más pausados para darlo. No vaya a suponer, querido amigo, que somos indiferentes a sus ejercicios; al contrario, nos condolemos profundamente de ellos; pero nosotros creemos que

usted debe pedir consejo a Dios. 1.^a Corintios 7:32-34 enseña, muy ciertamente, que los solteros son los que más libertad tienen de cuidados; pero el versículo 7 enseña con claridad que “cada uno tiene su propio don de Dios”; y cada uno debe saber, por sí mismo, cuál es su propio don. Una cosa es decir: «Siga el ejemplo de Pablo», y muy otra tener el «propio don» para hacerlo. Es un error fatal que uno aparente andar en una senda para la que Dios no le ha dado ningún llamamiento ni le ha dotado de poder espiritual.

Debemos recordar, en estos días de ritualismo y de renovado monasticismo, que el matrimonio es una institución santa y honrosa, establecido por Dios en el huerto del Edén; aprobado por su presencia en Caná de Galilea y declarado ser honroso en todo, por su Espíritu, en Hebreos 13:4. Esto es suficiente en cuanto al principio general; mas, cuando consideramos los casos individuales, cada uno debe ser guiado por Dios. A él lo encomendamos a usted muy afectuosamente.

No podemos comprender cómo uno que se llame a sí mismo «cristiano» puede atreverse a hablar, en los términos que usted describe, de la santa y honrosa institución del matrimonio. Tampoco podemos entender por qué usted tuvo que buscar una opinión humana sobre el tema, estando Hebreos 13:4 brillando delante de usted, por un lado, y 1.^a Timoteo 4:1-4, por el otro. ¡Oh! ¿cuándo aprenderá la gente a abrir su Biblia e inclinarse ante su

santa autoridad en todas las cosas? Detestamos absolutamente esa ficticia espiritualidad, santurronería y trascendentalismo que salta a la vista en las notas a las que usted llama nuestra atención. A nosotros nos parece que se trata simplemente de santidad en la carne, lo cual sabemos que es una de las habilidosas tretas de Satanás. El matrimonio fue instituido por el Jehová Dios en el huerto del Edén. Fue ratificado por la presencia de Cristo en Caná de Galilea. El Espíritu Santo declara en Hebreos 13 que es honroso. La prohibición del matrimonio es declarada doctrina de demonios en 1.^a Timoteo 4. Esto es plenamente suficiente para nosotros, por más que los píos sentimentalistas e hiperespiritualistas digan lo que les plazca.

Debe ser absolutamente una cuestión de fe individual. Usted debe andar delante de Dios; pero procure andar en feliz y benigna comunión. Ustedes dos, juntos, deberían esperar en Dios y procurar ser de un mismo pensamiento en el Señor. Éste es su feliz privilegio. No hay nada más importante para los esposos que cultivar juntos el hábito diario de esperar en el Señor. Ello produce un maravilloso efecto en todo el ámbito de la vida doméstica. Pongan todo delante de Dios, derramen sus corazones juntos; no tengan secretos ni ninguna reserva. Entonces sus corazones estarán unidos en santo amor, y la corriente de su vida personal, conyugal y doméstica fluirá en paz y felicidad, para alabanza de

Aquel que los ha hecho uno y los ha llamado a andar juntos como herederos de la gracia de la vida.

Ya hemos alzado una voz de advertencia contra el terrible mal de los matrimonios mixtos (esto es, la unión de un creyente con un inconverso) y hemos dado un muy solemne ejemplo de sus consecuencias. Creemos que es un paso fatal que un creyente se case con un inconverso, y una triste prueba de que el corazón se ha apartado del Señor y de que la conciencia ha escapado de la influencia de la luz y la autoridad de la Palabra de Dios. Es sorprendente cómo el diablo logra echar polvo en los ojos de la gente en este asunto. Él induce a los creyentes a creer que serán una bendición para el cónyuge inconverso. ¡Qué lamentable engaño! ¿Cómo podemos esperar bendición sobre un flagrante acto de desobediencia? ¿Cómo puedo yo, siguiendo un mal camino, pretender en él corregir a otro? Pero sucede —y no infrecuentemente— que un creyente, cuando se empeña en casarse con un incrédulo, se engaña a sí mismo mediante la convicción de que es convertido. Estos creyentes aparentan estar satisfechos con pruebas de conversión que, bajo otras circunstancias, dejarían enteramente de inspirarles confianza. En estos casos, lo que gobierna es su propia voluntad. Ellos están decididos a seguir su propio camino, y entonces, cuando ya es demasiado tarde, se dan cuenta de su terrible error.

Con respecto a su pregunta acerca de cómo debemos actuar con las personas que incurren en esta transgresión, no conocemos ninguna instrucción directa que conste en el Nuevo Testamento. Con toda seguridad, tendrá que haber una solemne repreensión y una fiel reprobación; pero creemos que se trata de algo que más bien pertenece al trabajo pastoral y a la disciplina personal que a la disciplina de la asamblea.

Acerca del triste caso que usted menciona, no creemos que esté bien que un hijo «intente y gestione una reconciliación» entre sus padres. Si el marido desea regresar, la esposa deberá recibirlo. Creemos que esto se desprende claramente de 1.^a Corintios 7:13. “Y si una mujer tiene marido que no sea creyente, y él consiente en vivir con ella, no lo abandone”. Si él desea regresar, ello equivale a “consentir en vivir con ella”; y si a ella se le dice que “no lo abandone”, ello equivale a recibirlo. Al menos, así lo juzgamos nosotros. Puede ser que el Señor esté por llevar a sus pies al marido; y, si es así, sería muy triste que una esposa creyente resultara ser una piedra de tropiezo por falta de gracia. Sin duda, el marido ha faltado grandemente a sus deberes como esposo al abandonar a su mujer, aun si no hubiera nada más serio; pero si él realmente desea volver —aparte de cualquier manipulación o influencia externas—, no podemos sino considerar que es deber de toda esposa cristiana recibirlo y procurar, mediante su “conducta casta y respetuosa” (1.^a Pedro 6:2), ganarlo para Cristo. Si ella se opusiera, y

él entonces fuese empujado al pecado o al endurecimiento de su corazón, ella nunca se lo perdonaría a sí misma.

9

¿ES CORRECTO QUE LAS MUJERES HABLEN, OREN O ENSEÑEN EN PÚBLICO?

“¿Qué dice la Escritura?”

Respuesta a una carta:

La Escritura es muy clara en cuanto al lugar de la mujer (véase 1.^a Corintios 11:1-16) No creemos que sea conforme a la naturaleza ni conforme a la revelación, que una mujer sea prominente en la Iglesia ni en el mundo. Es nuestra profunda convicción que no existe otra esfera en la cual la mujer se desenvuelva con tanta gracia y dignidad, que en la privacidad y el retiro del círculo doméstico. Allí ella puede demostrar que es la ayuda idónea del hombre, en toda buena obra. El hogar es

preeminentemente el lugar de la mujer. El Espíritu Santo le ha asignado muy puntualmente su obra, cuando declara que ella debe “gobernar su casa” (1.^a Timoteo 5:14). Puede haber, según las circunstancias, casos excepcionales en que la mujer cristiana, al no tener ningún deber hogareño particular, se desempeñe en un trabajo exterior para el auténtico beneficio de muchos; pero tales casos son más bien pocos y excepcionales. La regla general es tan clara como el agua (véase 1.^a Timoteo 5:14). En cuanto a la cuestión acerca de «los derechos de la mujer», «la liberación de la mujer», etc. No tenemos nada que ver con política. Es nuestro deseo el de ser enseñados exclusivamente por las Escrituras. Y, de hecho, no encontramos nada en el Nuevo Testamento acerca de que las mujeres ocupen un lugar en la legislatura. En la historia de Israel, siempre que la mujer fue promovida a una posición de prominencia, era una prueba de la baja condición espiritual de la nación. El apocamiento y la dejadez de Barac fue lo que impulsó a Débora a la delantera. De acuerdo con la idea normal divina, el hombre es la cabeza. Esto es visto, en perfección, en Cristo y la Iglesia. He aquí el verdadero modelo sobre la base del cual hemos de formar nuestros pensamientos. En lo que respecta a este pobre mundo, todo en él es confusión. La marcha de éste se halla alejada de los fundamentos. Dios ha dicho: “A ruina, a ruina, a ruina lo reduciré, y esto no será más, hasta que venga aquel cuyo es el derecho, y yo se lo entregaré” (Ezequiel 21:27). No puede haber nada derecho hasta que “los reinos del mundo hayan venido a

ser de nuestro Señor y de su Cristo” (Apocalipsis 11:15). Hasta entonces, el cristiano ha de estar contento con ser un “extranjero y peregrino” en esta tierra (1.ª Pedro 2:11) teniendo su “ciudadanía”, su hogar, su porción, “en los cielos” (Filipenses 3:20). ¡Qué así sea con todos los que pertenecen a Cristo! No podríamos esperar tal cosa, naturalmente, de aquellas personas que se inclinan por llevar a cabo sus propios pensamientos; cuya propia voluntad nunca ha sido quebrantada; que discuten y argumentan, en vez de someterse a la autoridad de las Escrituras; que dicen: «Yo pienso», en vez de buscar y ver «lo que Dios piensa». No esperamos que ninguna de tales personas apruebe o aprecie lo que venimos escribiendo en respuesta a su pregunta. Pero debemos inclinarnos ante la autoridad de Dios en esto, así como en todo lo demás.

Compartimos plenamente todos los ejercicios de corazón que Ud. está experimentando acerca de este tema. Creemos que obra de una manera absolutamente correcta al rehusarse estar presente cuando una mujer toma la palabra para hablar u orar en público. El espíritu y la enseñanza del Nuevo Testamento están en contra de semejante práctica. A la mujer se le manda el «silencio» en público o en presencia de un hombre (1.ª Timoteo 2:8-11).

En cuanto a 1.ª Corintios 11, no encontramos nada acerca de la reunión de asamblea hasta el v. 17, donde se

introduce un nuevo tema; y, como bien Ud. lo hace notar, el Espíritu de Dios no puede contradecirse. Éste no puede decirle a la mujer en un lugar que guarde silencio, y, en otro pasaje, que rompa ese silencio. Es contrario a Dios, y contrario a la naturaleza, que una mujer proceda como predicadora en público. La mujer debe ilustrar el lugar propio de la Iglesia —la sujeción—, no la enseñanza. La Iglesia no enseña —no debiera hacerlo—, y si lo hiciera, sería falsa. “Toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe” (Apocalipsis 2:20). Éste es el espíritu y el genio del papado. Decir que la iglesia tiene poder para decretar, estatuir y enseñar, es apostasía. La iglesia es enseñada por la Palabra de Dios. Ella ha de obedecer y estar en sujeción. Debiera ser “columna y baluarte de la verdad” (1.^a Timoteo 3:15), es decir, debería sostener y mantener la verdad, pero nunca enseñar. Tal es la invariable enseñanza del Nuevo Testamento en cuanto a la Iglesia, de la cual la mujer debiera ser la imagen.

Puede que en respuesta de esto se diga que Dios utiliza la predicación y la oración de las mujeres para la bendición de las almas. Pues bien, ¿qué prueba esto? ¿Acaso que sea correcto que las mujeres prediquen? No; sino la soberana bondad de Dios. ¿Vamos a argüir, basados en el hecho de la bendición divina, lo que no deberíamos ser llevados a aprobar? Dios es soberano, y puede obrar donde y mediante quien le plazca; nosotros somos siervos, y debemos hacer lo que él nos dice que hagamos. En el tiempo del avivamiento de Ulster en 1859, fueron

alcanzadas muchas almas en capillas católicas romanas, en presencia del sacrificio de la misa. ¿Demuestra eso que el catolicismo romano es correcto? No; sólo prueba que Dios es bueno. Razonar a partir de los resultados, puede conducirnos al más craso error. Debería ser suficiente, para todo aquel que se inclina bajo la autoridad de las Escrituras, saber que el Espíritu Santo manda estrictamente a la mujer a que guarde silencio en la asamblea pública (1.^a Corintios 14:34-35). Y ciertamente podemos decir: “La naturaleza misma ¿no os enseña” lo moralmente inapropiado que es el hecho de que una mujer aparezca en un púlpito o sobre una plataforma? Incuestionablemente lo es. Hay muchas y diversas maneras en que las mujeres pueden “combatir juntamente en el Evangelio” (Filipenses 4:3) sin lo indecoroso de la predicación en público. No se nos dice cómo “ellas combatieron juntamente” con el bienaventurado apóstol; pero con toda seguridad, que no lo hicieron hablando en público.

En cuanto a las cuatro hijas de Felipe el evangelista “que profetizaban” (Hechos 21:9), falta que los defensores de la predicación de las mujeres demuestren que ellas ejercían ese don en público. Creemos que lo hacían en la privacidad y el retiro de la casa de su padre.

En conclusión, pues, querido amigo, sólo quisiéramos expresar nuestra siempre profunda convicción de que el hogar es, preeminentemente, la esfera de actividad de la

mujer. Ella puede moverse allí con gracia y dignidad moral. Puede brillar allí ya como esposa, como madre o como dama, para gloria de Aquel que la ha llamado a ocupar esas santas relaciones. Allí se desarrollan los más bellos rasgos del carácter femenino, rasgos que son completamente desfigurados cuando ella abandona su trabajo doméstico y usurpa el dominio de predicador público.

Ya en varias otras ocasiones hemos desarrollado el tema de las hermanas enseñando y predicando (véase «Nueve años de respuestas a los lectores» [*]). Creemos que es claramente opuesto a las Escrituras que una mujer hable en la Iglesia, o que enseñe, o que usurpe de una u otra manera autoridad sobre el hombre (1.^a Timoteo 2:8-14). Pero si hubiese una reunión de carácter privado, social, entonces, a nuestro juicio, hay libertad para la libre comunicación de pensamiento, siempre que la mujer guarde el lugar que le ha sido asignado por la voz de la naturaleza y por la Palabra de Dios.

A juzgar por el tono de su carta, estamos persuadidos de que el Señor le guiará en la senda de servicio correcta. No se nos dice de manera específica cómo aquellas mujeres “combatieron en el evangelio” juntamente con Pablo, pero sabemos que hay miles de maneras en que una mujer puede servir en el Evangelio sin jamás dar un paso afuera de esa esfera de actividad que propiamente le pertenece. En cuanto a las mujeres casadas, cada vez estamos más

persuadidos de que el hogar es preeminentemente su lugar. Ella tiene allí una sagrada y elevada esfera de actividad en la cual puede servir estando plenamente consciente de que se encuentra exactamente en el lugar donde la mano de Dios la colocó, y donde su Palabra la dirige. ¡Quiera el Señor bendecirla y guardarla!

La Escritura es muy clara en cuanto a la manera en que la mujer cristiana se ha de vestir, no sólo ante la Mesa del Señor, sino en todo momento (1.^a Timoteo 2, etc.). Seguramente que en esto, como en todas las demás cosas, existe la urgente necesidad de tener una conciencia dócil y ejercitada; una piadosa sujeción a la autoridad de la Palabra de Dios. Si los creyentes no quieren prestar atención a la exhortación del Espíritu Santo, lo más probable es que tampoco presten demasiada atención a las páginas de una revista. Una de las especiales necesidades del momento presente, es una completa sumisión a las verdaderas enseñanzas de las Escrituras. Cuando el corazón está bajo el directo gobierno de la Palabra, todo estará bien; mas cuando no lo está, nada estará bien.

***[*] Preguntas sobre la predicación de las mujeres
(Respuestas a los lectores):***

Ya en nuestros primeros números de la revista «Things New and Old» hemos tratado el tema de las mujeres que hablan o que enseñan en público. Creemos que la enseñanza del Nuevo Testamento es claramente contraria

a ello. Cualquiera que sea el significado de Hechos 21:9 y 1.^a Corintios 11:5, es imposible que estos textos puedan contradecir a 1.^a Corintios 14:34-35 y 1.^a Timoteo 2:11-12. Estos últimos pasajes son claros y formales, y no admiten absolutamente la menor sombra de duda. Los primeros pueden presentar dificultades cuando consideramos la cuestión de su aplicación. Pero la Escritura no puede contradecir la Escritura.

A juzgar por el considerable número de preguntas que desde hace mucho tiempo se nos vienen formulando acerca del tema de la predicación y la enseñanza de las mujeres, concluimos que debe de haber una fuerte dosis de duda sobre esta cuestión en las mentes incluso de aquellos que están comprometidos en la obra. Una y otra vez hemos dado expresión a nuestro juicio sobre este asunto. Creemos que el espíritu y la enseñanza del Nuevo Testamento, así como la voz de la naturaleza misma, están completamente en contra de la idea de que una mujer tome el lugar de predicadora o enseñadora en público. El hogar es preeminentemente la esfera de actividad de la mujer, ya sea que la consideremos como hija, como esposa o como madre. ¡Y qué santa, dichosa y elevada esfera de actividad es éste para una mujer que se conduce rectamente allí! El corazón más devoto, puede hallar en esa esfera, un amplio radio de acción para el ejercicio de cada don. No conocemos nada más bello ni atractivo, nada que adorne mejor el evangelio de Cristo y la doctrina de Dios, que una mujer cristiana que ocupa como

corresponde el lugar en que la providencia de Dios la ha colocado. Si consideramos toda la Escritura, y miramos a través de toda la historia de la Iglesia de Dios, y veremos quiénes fueron las que rindieron el servicio más eficaz para la causa de Cristo, veremos que, sin excepción, aquellas que mostraron piedad en el hogar, que anduvieron en santidad y gracia en medio del círculo doméstico, aquellas que encomendaron la verdad a sus padres, que vivieron en piadosa sujeción a sus propios maridos; aquellas que educaron a sus hijos en el temor de Dios, que gobernaron la casa conforme a la autoridad de la santa Escritura, éstas fueron las mujeres que más efectivamente sirvieron a su generación, que dejaron la más sagrada impresión en su tiempo, y que anduvieron en la más plena armonía con la mente del cielo.

Quisiéramos preguntarle, querido amigo, ¿de qué sirve que nos señale a ésta o a aquella que pueda predicar elocuente e imponentemente a miles convocados para oírla? La pregunta que realmente vale es: “¿Qué dice la Escritura?” (Romanos 4:3). ¿Es ésta la tarea de una mujer? Y ¿no sucede a veces que, mientras una mujer parece estar logrando los más espléndidos y excitantes resultados en una esfera prohibida, sus simples, obvios y divinamente asignados deberes domésticos son crasamente descuidados? Sus padres no están siendo recompensados, su marido es descuidado, o sus hijos son dejados al cuidado de niñeras impías o inconscientes, que contaminan su imaginación, los inician en prácticas viles,

los educan en el engaño y la mentira, y les inculcan hábitos y vicios que los arruinarán para toda la vida. Es vano decir que Dios bendice la predicación de las mujeres. No constituye ningún justificativo. ¿Qué es lo que Dios no bendice o deja de gobernar? Esta misma semana oímos de dos jóvenes que se convirtieron mediante una de esas predicadoras, en completa burla, en una reunión pública de oración. Dios hizo uso de la espantosa conducta de una, para traer convicción a los dos. Así es Su soberana bondad. Pero usar esta bondad como argumento para justificar lo que es claramente contrario a las Escrituras, es un error fatal.

Puede que se pregunte, sin embargo, ¿qué es lo que aprendemos entonces de Hechos 21:9 y de 1.^a Corintios 11:5?

El primer pasaje simplemente nos enseña que las cuatro hijas de Felipe poseían el don de profecía, en tanto que el otro pasaje enseña que el don debía ser ejercitado únicamente con la cabeza cubierta. Resta por ser demostrado que el don de profecía era ejercitado en la asamblea. No lo creemos. Al contrario, está claro que el apóstol, en 1.^a Corintios 11, no habla de la asamblea reunida hasta el versículo 17. Es muy importante notar esto. En el capítulo 14, la enseñanza es categórica, formal e inequívoca: “Como en todas las iglesias de los santos, vuestras mujeres callen en las congregaciones; porque no les es permitido hablar, sino que estén sujetas, como

también la ley lo dice. Y si quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos; porque es indecoroso que una mujer hable en la congregación” (v. 34-35). Y leemos asimismo en 1.^a Timoteo 2:11-12: “La mujer aprenda en silencio, con toda sujeción. Porque no permito a la mujer enseñar, ni ejercer dominio sobre el hombre, sino estar en silencio.”

Pero se esgrime también el argumento de que predicar el Evangelio a los inconversos, no es «enseñar en la Iglesia». A ello respondemos que el Espíritu Santo manda a la mujer a estar en silencio, y a ser “cuidadosas de su casa” (Tito 2:5). Qué tanta obediencia a estos santos mandamientos es compatible con ir de un lugar a otro, y predicar a numerosos auditorios, queda en manos de otros juzgar. Puede, no obstante, preguntarse: ¿No hay ninguna forma en que una mujer pueda tomar parte en la obra del Señor? Seguramente que sí. En Lucas 8:2-3 leemos de ciertas mujeres que gozaban del elevado privilegio de ministrar directamente al mismo Señor; y en Filipenses 4:3, leemos de otras mujeres que trabajaron o combatieron junto con el apóstol en el Evangelio. Hay un sinnúmero de formas en que una mujer puede colaborar en la obra del Señor sin salir de la esfera de actividad que le ha sido divinamente asignada y actuar en oposición a la voz de la naturaleza y a la autoridad de las santas Escrituras.

10

“HERMANOS SANTOS”

“Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús” (Hebreos 3:1)

“Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras” (Hebreos 10:24).

Los dos pasajes guardan entre sí una muy íntima relación. Ello se debe a que el autor inspirado de la epístola emplea en ambos una misma palabra, la que no se halla más que en estos dos lugares a lo largo de todo este maravilloso tratado[1].

Nosotros somos invitados a considerar a Jesús y, al mismo tiempo, a todos aquellos que le pertenecen,

dondequiera que se encuentren. Éstas son las dos grandes divisiones de nuestra obra. Debemos aplicar nuestra mente diligentemente a Él y a sus intereses en la tierra, y así seremos librados de la miserable ocupación de pensar en nosotros mismos y en nuestros propios intereses. Gloriosa liberación, seguramente, por la cual bien podemos alabar a nuestro glorioso Libertador.

El título de “hermanos santos”

Pero antes de entrar en el examen de los grandes temas que hemos de considerar, detengámonos un momento en el maravilloso título que el Espíritu Santo aplica a todos los creyentes, a todos los verdaderos cristianos. Él los llama “hermanos santos”. Éste es ciertamente un título de gran dignidad moral. No dice que debemos ser santos. No; sino que lo somos. Se trata del título o de la posición de todo hijo de Dios en la tierra. Sin duda que al tener esta santa posición por la gracia soberana, debemos ser santos en nuestra marcha; es menester que nuestro estado moral responda siempre a nuestro título. Jamás deberíamos permitir un pensamiento, una palabra o una acción que sea, aun en el menor grado, incompatible con nuestra elevada posición como “hermanos santos”. Santos pensamientos, santas palabras y santas acciones, es lo único que conviene a aquellos a quienes la gracia infinita de Dios ha concedido este título.

No lo olvidemos. No digamos, no pensemos jamás que no podemos mantener tan elevada posición o vivir a la

altura de esta medida. La misma gracia que nos ha revestido de esta dignidad, nos hará siempre capaces de mantenerla, y veremos, a continuación de estas líneas, cómo esta gracia actúa, de qué poderosos medios morales ella se vale para producir un andar práctico que esté en armonía con nuestro santo llamado.

Pero examinemos sobre qué base el apóstol funda este título de “hermanos santos”. Es de suma importancia tener en claro esta cuestión. Si no vemos que es enteramente independiente de nuestro estado, de nuestra marcha o de nuestro progreso, no podremos comprender ni nuestra posición ni sus resultados prácticos. Afirmamos con la mayor seguridad que la marcha más santa que se haya visto en este mundo, el más elevado estado espiritual que haya sido alcanzado, jamás podría constituir la base de una posición tal como la que expresa este título: “hermanos santos”. Es más, nos atrevemos a afirmar que la obra misma del Espíritu Santo en nosotros, tan esencial como lo es en cada etapa de la vida divina, tampoco podría darnos derecho a entrar en tal dignidad. Nada en nosotros, nada de nosotros, nada concerniente a nosotros, podría jamás constituir el fundamento de esta posición.

¿En qué, pues, se funda? Hebreos 2:11 nos proporciona la respuesta: “Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos.” Aquí tenemos una de

las verdades más profundas y más extensas del santo volumen. Vemos cómo llegamos a ser “hermanos santos”; esto es, al estar asociados con Aquel bendito que descendió a la muerte por nosotros, y que en su resurrección vino a constituir el fundamento de este nuevo orden de cosas donde tenemos nuestro lugar. Él es la Cabeza, el Jefe, de esta nueva creación a la que pertenecemos, el Primogénito entre muchos hermanos, de quienes no se avergüenza, puesto que los ha puesto sobre el mismo terreno que Él, y los ha traído a Dios, no sólo según la perfecta eficacia de su obra, sino según la perfecta aceptación y la infinita preciosidad de su persona delante de Dios. “El que santifica y los que son santificados, de uno son todos.”[2].

¡Palabras maravillosas! Meditémoslas, querido lector. Notemos la profunda, sí, la inconmensurable diferencia que existe entre “el que santifica” y “los que son santificados”. El Señor, personalmente, de una manera intrínseca, en su humanidad, podía ser “el que santifica”. Nosotros, personalmente, en nuestra condición moral, en nuestra naturaleza, tenemos necesidad de ser santificados. Pero —¡el universo entero alabe su Nombre por la eternidad!— es tal la perfección de su obra, tales son las “riquezas” y “la gloria” de su gracia, que podía ser escrito: “Como él es, así somos nosotros en este mundo.” “El que santifica y los que son santificados, de uno son todos” (1.^a Juan 4:17; Hebreos 2:11). Todos están sobre un mismo plano, y eso por siempre.

Nada puede sobrepasar la grandeza de este título y esta posición. Estamos delante de Dios según todos los gloriosos resultados de su obra perfecta y según toda la aceptación de su Persona. Él nos ha unido consigo, en su vida de resurrección, y nos ha hecho participantes de todo lo que tiene y de todo lo que es como hombre, salvo su Deidad, naturalmente, que es incomunicable.

Prestemos particular atención a lo que implica el hecho de que necesitábamos ser “santificados”. Ello pone de manifiesto de la manera más fuerte y clara, la ruina total, sin esperanza y absoluta en que se halla cada uno de nosotros. No importa, en lo que toca a este aspecto de la verdad, quiénes éramos o qué éramos en nuestra vida personal y práctica. Podríamos haber sido refinados, cultos, amables, morales y religiosos a la manera de los hombres; o bien habríamos podido ser degradados, inmorales, depravados, la hez de la sociedad. En una palabra, podríamos haber estado, en cuanto a nuestro estado moral y a nuestra condición social, tan lejos los unos de los otros como los dos polos; pero como se trata de la necesidad de ser santificados, para el más excelente como para el peor, antes que podamos ser llamados “hermanos santos”, no hay evidentemente “ninguna diferencia”. El más vil no necesitaba nada más, y nada menos el mejor. Todos y cada uno de nosotros estábamos envueltos en una ruina común y teníamos necesidad de ser santificados, puestos aparte, antes de poder tomar nuestro lugar entre los “hermanos santos”. Y ahora,

puestos aparte, estamos todos sobre un mismo terreno; el más débil hijo de Dios sobre la faz de la tierra forma parte de los “hermanos santos” tan verdadera y realmente como el apóstol Pablo mismo. No es cuestión de progreso ni de logros, por importante y precioso que sea hacer progresos; se trata simplemente de nuestra común posición delante de Dios, de la cual el “Primogénito[3]” es de una manera viva, en su persona, la eterna y preciosa definición.

Pero debemos recordar aquí al lector que es de la mayor importancia tener bien en claro y estar bien fundados en cuanto a la relación del “Primogénito” con los “muchos hermanos”. Es ésta una verdad fundamental, respecto a la cual no debe haber ninguna vaguedad ni indecisión. La Escritura es clara y enfática sobre este gran punto cardinal. Pero hay muchos que no quieren oír la Escritura. Están tan repletos de sus propios pensamientos que no se toman la molestia de escudriñar las Escrituras para ver lo que dicen sobre este tema. Por eso hoy encontramos a muchos que sostienen el fatal error de que la encarnación constituye el fundamento de nuestra relación con el “Primogénito”. Los tales consideran a Aquel que se ha encarnado como nuestro “hermano mayor” que, al tomar sobre sí una naturaleza humana, nos unió a Él, o él se unió a nosotros.

Sería difícil expresar convenientemente y enumerar las terribles consecuencias de tal error. En primer lugar, lleva

aparejado una positiva blasfemia contra la Persona del Hijo de Dios; es la negación de su humanidad absolutamente pura, sin pecado, perfecta. En su humanidad, era tal que el ángel podía decir a la virgen María: “El Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Su naturaleza humana era absolutamente santa. Como hombre, no conoció pecado. Fue el único hombre en la tierra de quien podía decirse ello. Era único, absolutamente solo en esa condición. No había ni podía haber ninguna unión con él en su encarnación. ¿Cómo el Santo y los profanos, el Puro y los impuros, el Inmaculado y los manchados habrían podido ser unidos alguna vez? ¡Ello era absolutamente imposible! Aquellos que piensan y dicen que tal cosa era posible, yerran grandemente, ignorando las Escrituras y al Hijo de Dios.

Además, aquellos que hablan de unión en la encarnación son muy manifiestamente enemigos de la cruz de Cristo. En efecto, ¿qué necesidad habría de la cruz, de la muerte o de la sangre de Cristo, si los pecadores pudiesen estar unidos a Él en su encarnación? Ninguna, seguramente. No habría ninguna necesidad de expiación, ninguna necesidad de propiciación, ninguna necesidad de los sufrimientos y de la muerte de Cristo como sustituto, si los pecadores pudiesen estar unidos a Él sin eso.

De ahí podemos ver que tal sistema de doctrina no puede provenir sino del enemigo. Dishonra a la persona

de Cristo y pone a un lado su obra expiatoria. Además de todo esto, tal doctrina arroja por la borda la enseñanza de toda la Biblia respecto a la ruina y la culpabilidad del hombre. En suma, destruye completamente todas las grandes verdades fundamentales del cristianismo, y no nos deja sino un sistema profano, sin Cristo, e infiel. Éste es el objetivo que siempre el diablo tuvo en vista, y el que todavía persigue; y miles que se llaman maestros cristianos actúan como sus agentes en sus esfuerzos por socavar el cristianismo. ¡Qué tremenda responsabilidad para ellos!

Prestemos oídos con reverencia a la enseñanza de las Santas Escrituras sobre este gran tema. ¿Qué significado tienen esas palabras que brotaron de los labios de nuestro Señor Jesucristo, y que Dios el Espíritu Santo nos ha conservado: “Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo” (Juan 12:24)? ¿Quién era este grano de trigo? Él mismo, bendito sea su santo Nombre. Jesús debía morir, a fin de “llevar mucho fruto”. Para rodearse de “muchos hermanos”, debía descender a la muerte, a fin de quitar de en medio todo obstáculo que impidiera que ellos fuesen eternamente asociados con él en el nuevo terreno de la resurrección. Él, el verdadero David, debía avanzar solo contra el temible enemigo, a fin de tener el profundo gozo de compartir con sus hermanos los despojos, frutos de su gloriosa victoria. ¡Eternas aleluyas sean dadas a su Nombre sin par!

En el capítulo 8 del evangelio de Marcos tenemos un hermosísimo pasaje que se relaciona con nuestro tema. “Y comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hombre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días. Esto les decía claramente. Entonces Pedro le tomó aparte y comenzó a reconvénirle.” En otro evangelio, vemos lo que Pedro le dijo: “Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca.” Ahora, prestemos atención a la respuesta y la actitud del Señor: “Pero él, volviéndose y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro, diciendo: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.”

Esto es de una belleza perfecta. No sólo presenta a la inteligencia una verdad, sino que deja penetrar en el corazón un brillante rayo de la gloria moral de nuestro adorable Señor y Salvador Jesucristo, con el expreso propósito de inclinar el alma en adoración ante Él. “Volviéndose y mirando a los discípulos”, es como si hubiese querido decir a su errado siervo: «Si admito lo que me sugieres, si tengo compasión de mí mismo, ¿qué sería de éstos?» ¡Bendito Salvador! Él no pensó en sí mismo. “Afirmó su rostro para ir a Jerusalén” (Lucas 9:51), sabiendo bien lo que allí le esperaba. Iba a la cruz para sufrir allí la ira de Dios, el juicio del pecado, todas las terribles consecuencias de nuestra condición, a fin de glorificar a Dios con respecto a nuestros pecados, y eso, a

fin de tener el gozo inefable y eterno de verse rodeado de “muchos hermanos” a quienes, sobre el terreno de la resurrección, podía anunciar el nombre del Padre. “Anunciaré a mis hermanos tu nombre.” De en medio de las terribles sombras del Calvario, donde soportaba por nosotros lo que ninguna criatura inteligente podría jamás sondear, él miraba adelante, hacia este momento glorioso. Para poder llamarnos “hermanos”, él debía encontrar solo la muerte y el juicio por nosotros.

Ahora bien, ¿por qué todos estos sufrimientos, si la encarnación fuese la base de nuestra unión o de nuestra asociación con él?[4] ¿No es perfectamente evidente que no podría haber ningún vínculo entre Cristo y nosotros excepto sobre la base de una expiación cumplida? ¿Cómo podría existir este vínculo, con el pecado no expiado, la culpabilidad no borrada y los derechos de Dios no satisfechos? Sería absolutamente imposible. Mantener semejante pensamiento es ir en contra de la revelación divina, socavar los mismos fundamentos del cristianismo, y éste es precisamente, como bien lo sabemos, el objetivo que el diablo siempre persigue.

Sin embargo, no nos detendremos más en este tema aquí. Puede que la gran mayoría de nuestros lectores tengan perfectamente en claro y resuelto este punto, y que lo sostengan como una de las verdades cardinales y esenciales del cristianismo. Mas en un tiempo como el presente, sentimos la importancia de dar a toda la Iglesia

de Dios un claro testimonio de esta tan bendita verdad. Estamos persuadidos de que el error que hemos combatido —a saber, la unión con Cristo en la encarnación— forma una parte integrante de un vasto sistema infiel y anticristiano que domina sobre miles de cristianos profesantes, y que hace tremendos progresos en toda la cristiandad. Es la profunda y solemne convicción que tenemos de este hecho, lo que nos conduce a llamar la atención del amado rebaño de Cristo sobre uno de los más preciosos y gloriosos temas que pudieran ocupar nuestro corazón, a saber, nuestro título para ser llamados “hermanos santos”.

La exhortación dirigida a los “hermanos santos”

El Apóstol de nuestra profesión

Nos detendremos ahora unos momentos en la exhortación dirigida a los “hermanos santos, participantes del llamamiento celestial”. Como ya ha sido observado, no somos exhortados a ser “hermanos santos”, somos hechos tales. Este lugar y esta porción son nuestros en virtud de una gracia infinita, y sobre este hecho el inspirado apóstol basa su exhortación: “Por tanto, hermanos santos, participantes del llamamiento celestial, considerad al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús.”

Los títulos otorgados aquí al Señor lo presentan a nuestros corazones de una manera muy maravillosa.

Abarcan todo el ámbito de su historia: desde el momento en que se hallaba en el seno del Padre hasta que descendió al polvo del sepulcro, y de allí al trono de Dios. Como Apóstol, vino de Dios a nosotros, y como Sumo Sacerdote, ha vuelto a Dios donde está por nosotros. Vino del cielo para revelarnos a Dios, para desplegar ante nosotros el corazón mismo de Dios, para hacernos conocer los preciosos secretos que estaban en su seno. “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo [en uiô = en Hijo], a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la majestad en las alturas” (Hebreos 1:1-3).

¡Qué maravilloso privilegio que Dios se haya revelado a nosotros en la persona de Cristo! Dios nos ha hablado en el Hijo. El Apóstol de nuestra profesión nos ha dado la plena y perfecta revelación de lo que Dios es. “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.” “Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (Juan 1:18; 2.^a Corintios 4:6).

Todo esto es de un precio inestimable. Jesús ha revelado a Dios a nuestras almas. No habríamos podido conocer absolutamente nada de Dios si el Hijo no hubiera venido y no nos hubiese hablado. Pero —¡gracias y alabanzas sean dadas a nuestro Dios!— podemos decir con toda la certeza posible: “Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna” (!.^a Juan 5:20). Si recorremos las páginas de los cuatro evangelios y contemplamos a Aquel bendito que el Espíritu Santo nos presenta en todo el resplandor de su soberana gracia, de esa gracia que brillaba en todas sus palabras, sus actos, y sus caminos, podemos decir: He ahí a Dios. Lo vemos yendo de lugar en lugar haciendo el bien, y sanando a todos los que estaban oprimidos por el diablo; lo vemos sanando a los enfermos, limpiando a los leprosos, abriendo los ojos a los ciegos y las orejas de los sordos, alimentando a los que tienen hambre, enjugando las lágrimas de la viuda, llorando ante la tumba de Lázaro, y decimos: Éste es Dios. Todos los rayos de la gloria moral que brillaron en la vida y en el ministerio del Apóstol de nuestra profesión, eran la expresión de Dios. Él era el resplandor de la gloria divina y la imagen, o exacta impresión, de su sustancia o esencia divina.

*El Verbo eterno eres tú
El unigénito del Padre
Dios manifiesto, Dios visto y oído*

*El Amado del cielo
En ti, perfectamente expresado
Del Padre mismo el resplandor
La plenitud de la Deidad
El Bendito, eternamente Divino*

¡Cuán infinitamente precioso es todo esto para nuestras almas! Tener a Dios revelado en la persona de Cristo, de manera que podemos conocerle, regocijarnos en Él, hallar todas nuestras delicias en Él, llamarle “Abba Padre”, marchar en la luz de su bendita faz, tener comunión con Él y con su Hijo Jesucristo, conocer el amor de su corazón, el amor mismo con que ama al Hijo, ¡qué profunda bendición! ¡Qué plenitud de gozo! ¡Cómo podríamos alabar y bendecir lo suficiente al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo por la maravillosa gracia que desplegó hacia nosotros, al introducirnos en tal esfera de bendiciones y privilegios, y al colocarnos en tan maravillosa relación consigo mismo en el Hijo de su amor! ¡Oh, que nuestros corazones le alaben! ¡Que nuestras vidas le glorifiquen! ¡Que el único gran objeto de todo nuestro ser moral sea magnificar su Nombre!

El Sumo Sacerdote de nuestra profesión

Examinemos ahora otra división importante de nuestro tema. Hemos de considerar al “sumo sacerdote de nuestra profesión”. Esto también está repleto de las más ricas bendiciones para cada uno de los hermanos santos. El

mismo Bendito que, como Apóstol, descendió de Dios hasta nosotros para darle a conocer, ha vuelto a Dios a fin de estar delante de Él por nosotros. Vino a hablarnos de Dios, y ha vuelto a lo alto para hablar de nosotros a Dios. Aparece por nosotros ante la faz de Dios. Nos lleva continuamente sobre su corazón. Nos representa delante de Dios, y nos mantiene en la integridad de la posición en que su obra expiatoria nos ha introducido. Su bendito sacerdocio es la provisión divina para nuestra senda en el desierto. Si sólo fuese cuestión de nuestra posición o de nuestro título, no tendríamos necesidad de sacerdocio; pero como se trata de nuestro estado actual y de nuestra marcha práctica, no podríamos dar un solo paso si nouviésemos a nuestro gran Sumo Sacerdote viviendo siempre por nosotros en la presencia de Dios.

Ahora bien, la epístola a los Hebreos nos presenta tres preciosísimas facetas del servicio sacerdotal del Señor. En primer lugar, leemos en el capítulo 4: “Por tanto, teniendo un gran sumo sacerdote que traspasó los cielos, Jesús el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado”[5]

Lector cristiano, ¿no es una preciosa e inmensa bendición el tener, a la diestra de la Majestad en los cielos, a Uno que se compadece de nuestras debilidades, que participa en todos nuestros dolores, que siente por

nosotros y con nosotros en todos nuestros ejercicios de alma, nuestras pruebas y nuestras dificultades? ¡Qué inefable bendición el tener en el trono de Dios a un Hombre, a un corazón humano perfecto, con el que podemos contar en todas nuestras debilidades, nuestras cargas y nuestros conflictos; en todas las cosas, en una palabra, aparte del pecado!. Con este último —bendito sea su Nombre— Él no puede tener ninguna simpatía.

¿Qué pluma, qué lengua humana, sería capaz de describir digna y plenamente la profunda bendición que resulta del hecho de tener en la gloria a un Hombre cuyo corazón está con nosotros en todas las pruebas y los dolores de nuestra senda a través del desierto? ¡Qué preciosa provisión! ¡Qué divina realidad! Aquel que tiene toda potestad en los cielos y en la tierra, vive ahora por nosotros en el cielo. Podemos contar con él en todo tiempo. Toma parte en todos nuestros sentimientos, como ningún amigo en la tierra podría hacerlo. Podemos acudir a Él y decirle cosas que no podríamos confiar a nuestro amigo más íntimo en la tierra. Él solo puede comprendernos perfectamente.

Pero nuestro gran Sumo Sacerdote puede comprender todo lo que nos concierne. Ha pasado por todos los dolores y las pruebas que un corazón humano puede conocer. Por eso es capaz de simpatizar perfectamente con nosotros, y se complace en ocuparse de nosotros cada vez que pasamos por el dolor y la aflicción, cuando

nuestro corazón es quebrantado y abrumado bajo un peso de angustia que sólo Él puede conocer plenamente. ¡Precioso Salvador! ¡Misericordioso Sumo Sacerdote! ¡Que nuestros corazones hallen sus delicias en ti, y se acerquen más y más a las fuentes inagotables de consolación y de gozo que se hallan en tu tierno amor por todos tus hermanos probados, tentados, que lloran y sufren aquí abajo!

Hebreos 7:25 nos muestra otra preciosísima parte de la obra sacerdotal de nuestro Señor, a saber: su incesante intercesión a favor de nosotros en la presencia de Dios. “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.”

¡Qué poderoso consuelo para todos los “hermanos santos”! ¡Qué seguridad bendita! Nuestro gran Sumo Sacerdote nos lleva continuamente en su corazón delante del trono. Todo lo que concierne a nosotros está en sus benditas manos, y jamás dejará que nada de lo nuestro peligre. Vive por nosotros, y nosotros vivimos en Él. Nos llevará adelante, en seguridad, hasta el fin. Los teólogos hablan acerca de «la perseverancia final de los santos»; la Escritura habla de la perseverancia de nuestro divino y adorable Sumo Sacerdote. Sobre eso reposamos. Él nos dijo: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14:19). “Si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo —el único medio por el cual

podíamos ser reconciliados—, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Romanos 5:10), es decir, su vida en lo alto en el cielo. Él se ha hecho a sí mismo responsable —garante— de cada uno de los “hermanos santos”, de llevarlos derecho a la gloria a través de todas las dificultades, pruebas, trampas y tentaciones del desierto. ¡Que el universo entero alabe por siempre su bendito Nombre!

Naturalmente que no podemos, en tan breve escrito, abordar el gran tema del sacerdocio con todos sus detalles. No podemos más que tratar brevemente los tres puntos sobresalientes que ya mencionamos, y citar, para el lector, los pasajes de la Escritura donde aparecen.

En Hebreos 13:15 tenemos la tercera parte del servicio que el Señor cumple por nosotros en el santuario celestial: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre.”

¡Que consuelo es saber que tenemos delante de Dios a Uno que le presenta nuestros sacrificios de alabanzas y nuestras acciones de gracias! ¡Cuán dulcemente ello nos anima a llevarle en todo tiempo tales sacrificios! Es cierto que pueden parecer muy pobres, muy magros y muy imperfectos; pero nuestro gran Sumo Sacerdote sabe cómo separar lo precioso de lo vil. Toma nuestros sacrificios y los presenta a Dios en toda la perfección del perfume de buen olor de su propia Persona y de su

ministerio. El menor suspiro del corazón, la menor expresión de los labios, el más insignificante acto de servicio, sube a Dios no solamente despojado de toda nuestra debilidad e imperfección, sino adornado de toda la excelencia de Aquel que vive siempre en la presencia de Dios, no solamente para simpatizar e interceder, sino también para presentar nuestros sacrificios de acciones de gracias y de alabanzas.

Todo esto está lleno de aliento y de consuelo. ¡Cuán a menudo tenemos que lamentarnos por nuestra frialdad, de nuestra esterilidad, de nuestra falta de vida, tanto en privado como en público! Parece que somos incapaces de hacer algo más que proferir un gemido o un suspiro. Pues bien, Jesús —y éste es el fruto de su gracia— toma este gemido o este suspiro, y lo presenta a Dios en todo el valor de lo que es. Ello es parte de su ministerio actual por nosotros en la presencia de nuestro Dios, ministerio que Él se complace en cumplir —¡bendito sea su Nombre!—. Él halla su gozo en llevarnos sobre su corazón ante el trono. Piensa en cada uno de nosotros en particular, como si no tuviera más que uno solo en quien pensar.

¡Qué maravilloso es esto!, pero así lo es. Él toma parte en todas nuestras pequeñas pruebas, en nuestros dolores más despreciables, en nuestros conflictos y ejercicios de corazón, como si no tuviera otra cosa en que pensar. Cada uno de nosotros posee la atención y la simpatía indivisas de su grande y amante corazón, en todo lo que pueda

surgir durante nuestro curso a lo largo de esta escena de pruebas y de dolores. Él la recorrió toda. Conoce cada paso del camino. Podemos discernir la huella bendita de sus pisadas a través del desierto, y, mirando a lo alto los cielos abiertos, le vemos en el trono, a Él, al Hombre glorificado, pero al mismo Jesús que estuvo aquí abajo; las circunstancias en que estuvo han cambiado, pero no así su corazón tierno, amante y lleno de simpatía: “El mismo ayer, y hoy, y por los siglos.”

Tal es, pues, amado lector cristiano, el gran Sumo Sacerdote que somos exhortados a considerar. Realmente, tenemos en él lo que responde a todas nuestras necesidades. Su simpatía es perfecta; su intercesión prevalece sobre todo, y nuestros sacrificios, para Él, son hechos aceptables. Bien podemos decir: Lo tenemos “todo, en abundancia” (Filipenses 4:18 - V.M.).

“Considerémonos unos a otros”

Y ahora, como conclusión, echemos un vistazo a la exhortación de Hebreos 10:24: “Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras.”

La conexión moral de este pasaje con el que nos ha ocupado primeramente, es verdaderamente hermosa. Cuanto más atentamente consideremos a Jesús, tanto más aptos y dispuestos estaremos para considerar a todos los que le pertenecen, quienesquiera que sean y dondequiera que se encuentren. Mostradme un hombre lleno de Cristo,

y yo os mostraré a un hombre lleno de amor, de solicitud y de interés por cada miembro del Cuerpo de Cristo. Así debe ser. Es simplemente imposible estar cerca de Cristo, y no tener el corazón lleno de los más tiernos afectos por todos los que le pertenecen. No podemos considerarle a Él, sin acordarnos de ellos y ser conducidos a servirles, a orar por ellos, a tener simpatía respecto a ellos de acuerdo con nuestra débil medida.

Si oís que alguno habla en alta voz de su amor por Cristo, de su apego a su Persona, del deleite que halla en Él, y, al mismo tiempo, veis que no hay en esta persona ni amor por aquellos que pertenecen a Cristo, ni solicitud respecto de ellos, ni interés por sus circunstancias, ni buena disposición para dedicar tiempo y esfuerzo para ellos, ni sacrificio de sí mismo por amor a ellos, podéis estar seguros de estar en presencia de una profesión vacía y sin valor. “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad.” Y todavía: “Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano” (1.^a Juan 3:16-18; 4:21).

Son éstas palabras saludables para cada uno de nosotros. ¡Ojalá que hagan mella en el fondo de nuestro

corazón! ¡Ojalá que, por la poderosa acción del Espíritu Santo, podamos ser hechos capaces de responder de todo nuestro corazón a estas dos importantes y acuciantes exhortaciones: Considerar al apóstol y sumo sacerdote de nuestra profesión, por una parte, y, por la otra: Considerar los unos a los otros! Y recordemos que una consideración conveniente de los unos por los otros jamás revestirá la forma de una curiosidad indiscreta, ni de un espionaje inexcusable: cosas que no pueden ser consideradas más que como la plaga y la destrucción de toda sociedad cristiana. No; es lo contrario de todo esto. Es la solicitud tierna y amante, que se expresa de una manera refinada, delicada y oportuna en todo servicio brindado, fruto del amor de una verdadera comunión con el corazón de Cristo.

11

JESÚS DESAMPARADO DE DIOS

Salmo 22

Este salmo es, por excelencia, el salmo de Aquel que fue desamparado de Dios. En esto es único. Ello no significa que otros salmos no hagan referencia a la hora solemne de la cruz, o a la bendita Persona que se dirige aquí a Dios, sino que este salmo nos habla más que todos los demás de ello.

Aquí no encontramos solamente al Señor tomando lugar entre los hombres, como Aquel que confiaba en Dios, tal como lo describe el salmo 16, en su inquebrantable confianza, mirando a la resurrección a través de la

muerte, a la gloria a la diestra de Dios, sino que hallamos también un contraste. Es desamparado de Dios, pero se aferra tenazmente a Él y lo reivindica plenamente. No son sus enemigos los que afirman ahora que sea desamparado de Dios, aunque lo hayan dicho también, sino que es el Señor mismo, y lo dice a Dios. Jamás un creyente fue desamparado así, ni podría serlo. “En ti esperaron nuestros padres; esperaron, y tú los libraste. Clamaron a ti, y no fueron librados; confiaron en ti, y no fueron avergonzados. Mas yo soy gusano, y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo. Todos los que me ven me escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza, diciendo: se encomendó a Jehová; líbrele él; sálvele, puesto que en él se complacía” (v. 4-8).

Jamás hubo semejante hora para Jesús, ni podrá haber nunca otra igual. El bien y el mal, en esa hora, fueron puestos en presencia uno del otro en la única persona que podía resolver el enigma. Ambos se encontraron en Aquel que era perfectamente bueno, y que, no obstante, cargaba el mal de parte de Dios. Era la expiación. Este pensamiento no es el único que encontramos en este salmo, sino que Jesús hecho pecado es el primer y más profundo pensamiento. No hubo dolor que no conociera, ni vergüenza de la que haya sido librado. Los toros de Basán estaban allí, así como el león rapaz y rugiente; los perros lo rodearon (v. 12-13, 16). Estas cosas no son naturalmente sino figuras, y el hombre fue el más cruel de todos, el más vil e implacable, él solo por cierto fue el

verdadero culpable, conducido por un enemigo más poderoso y sutil. Pero, cosa maravillosa, Dios estaba allí primero que todos; no podía no estar, ya que era el juez del pecado, el que hizo que su Hijo, quien no conoció pecado, fuese hecho pecado por nosotros.

En primer lugar, pues, repito, está ese juicio misterioso del mal ejecutado sobre la persona del Santo, de Cristo. Y no por ser simplemente lo primero en una serie de eventos, sino porque permanece incommovible por sí solo como lo único y más solemne de todo para Dios y para el hombre, tanto en el tiempo presente como en la eternidad, en la tierra, en el cielo o en el infierno. El salmo, pues, empieza convenientemente con este gran hecho, porque ¿con qué otra cosa podría compararse en el pasado, el presente o el futuro? El Señor Jesús había encontrado a Satanás al principio en el desierto, y al final en Getsemaní. Destruyó el poder que tenía tanto sobre la tierra como sobre el hombre, al “saquear los bienes del hombre fuerte” (véase Mateo 12:29). Pero en este salmo se trata de algo infinitamente más profundo. Era el pecado ante Dios. Ya no era un simple combate, ni nada para destruir o ganar por el poder de la obediencia. Durante su vida él fue la bondad misma, y tuvo el sello de Dios sobre ella. Jesús glorificó al Padre durante toda su vida, pero entonces se trataba de glorificar a Dios en su muerte, porque Dios es el juez del pecado. La cuestión no era con el Padre como tal, sino con Dios, con Dios en relación con el pecado. Aquel que había glorificado al

Padre en una vida de obediencia, glorificó a Dios en la muerte, en la cual precisamente esta obediencia fue consumada; y no sólo esto, sino que el mal fue puesto sobre Él en quien todo era bien. El mal y el bien se encontraron. ¡Qué encuentro!

Dios estaba allí, no sólo como Aquel que aprobaba lo que era bueno, sino como Juez de todo el mal que fue puesto sobre la bendita cabeza del Señor en la cruz. Era Dios desamparando al Siervo fiel y obediente; sin embargo, era su Dios: esto no debía ni podía jamás olvidarse; al contrario, aun allí lo proclama diciendo: “Dios mío, Dios mío”. Pero debe agregar entonces: “¿Por qué me has desamparado?” Era el Hijo del Padre que, como Hijo del hombre, clamó: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Entonces, y sólo entonces, Dios desamparó a su Siervo fiel, al hombre Cristo Jesús. Nos inclinamos ante este misterio de los misterios en su Persona: Dios manifestado en carne.

Si no hubiese sido hombre ¿en qué nos habría servido? Si no hubiese sido Dios, nada habría podido dar a sus sufrimientos por el pecado su valor infinito. Tal es la expiación. Y la expiación tiene dos aspectos en su carácter y en su alcance. Es la expiación ante Dios, y es también la sustitución por nuestros pecados (Levítico 16:7-10, “una suerte por Jehová, y otra suerte por Azazel”: el pueblo), aunque este último aspecto no sea el tema más desarrollado por el salmista, y no nos detendremos en él

en esta ocasión. Aunque todo es de infinita importancia, el lado más importante de la expiación, el fundamento, es la “suerte por Jehová”.

Aquí vemos a Dios en su majestad y en su justo juicio del mal, a Dios desplegando su ser moral para tratar con el pecado, allí donde solamente podía tener que ver con él a fin de hacer salir bendición y gloria, en la persona de su propio Hijo; Aquel que, cuando Dios lo desamparó, hecho pecado por nosotros en la cruz, alcanzó el punto más bajo de la humillación, pero moralmente el más elevado en el cual Dios pudo ser glorificado. La perfección misma de la manera en que llevó el pecado hizo que no fuese oído. Allí, en el grado más elevado, el dolor, la angustia y la amargura del rechazo tuvieron lugar; ¿acaso no lo sentía? La gloria de su persona ¿acaso lo volvía incapaz de sufrir? Esta idea negaría su humanidad. Y podemos agregar que su divinidad le hizo soportar y sentir como ningún otro hubiese podido hacerlo. “He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas. Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte. Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos; entre tanto, ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes. Mas tú, Jehová, no te alejes; fortaleza mía, apresúrate a socorrerme. Libra de la espada

mi alma, del poder del perro mi vida. Sálvame de la boca del león, y líbrame de los cuernos de los búfalos” (v. 14-21).

No obstante, el Señor Jesucristo reivindica perfectamente a Dios quien lo desamparó. Otros habían clamado antes y todos habían sido librados. Pero no debía ser así para él, porque el sufrimiento debía ir hasta lo sumo, el pecado debía ser expiado justamente, y no por el poder sino por medio del sufrimiento.

Pero, ¿qué es lo que resuena en nuestros oídos cuando la última gota de la copa se ha vaciado?: “Líbrame de los cuernos de los búfalos. Anunciaré tu nombre a mis hermanos; en medio de la congregación te alabaré” (v.21-22). Ahora que ha resucitado de entre los muertos, dice: “Anunciaré tu nombre a mis hermanos”. Ya lo había anunciado: tal fue su ministerio aquí abajo, pero ahora era sobre un fundamento completamente nuevo. La muerte, y solamente la muerte, podía solucionar la cuestión del pecado; la muerte, pero sólo Su muerte, podía hacerlo, a fin de que el pecador pudiese descansar en la justicia de Dios referente a esto, y ser introducido sin pecado en la presencia de Dios. Esto lo declara Dios mismo.

Notemos aquí cuál es la consecuencia de esto: “Anunciaré tu nombre a mis hermanos”. En los evangelios, el Señor Jesús nos muestra la maravillosa adaptación de la verdad del Antiguo Testamento. “Tu nombre”. ¿Qué nombre? Cuando lleva el pecado en la cruz, Él habla de Dios. El

israelita piadoso, cuando mira a la liberación, o cuando goza de su relación con Dios, habla de Jehová. Pero en el Nuevo Testamento, en el cual Dios subsiste como Dios y siempre debe ser el juez del pecado, “Padre” es el término que caracteriza la relación conocida por el Hijo de Dios desde la eternidad, relación que conocía también como hombre, pero en la plenitud de verdad que le pertenecía sólo a él. Esta relación, en toda su realidad e intimidad, fue la que el Señor tuvo a bien dar a sus discípulos, en redención, y muchos de los lectores ya la conocen con gozo. Pero lo repito para aquellos que no conocen el verdadero significado de ese bendito y tan dulce nombre para sus almas. Jesús puede enseñárselos ahora.

“Anunciaré tu nombre a mis hermanos”; y por eso dice: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17). Nunca había hablado así antes. Notemos bien que ya había pronunciado la palabra «Padre» antes, pero nunca lo había presentado de esta manera.; y llamo particularmente la atención sobre este hecho. Este término supone el amor, pero sobre el fundamento de la justicia. Sin duda la gracia es la que dio a Jesús, y por él obró a favor del hombre pecador. Pero aquí Él nos enseña que, cuando el pecado fue juzgado y quitado de en medio, su Dios es el nuestro, y cuando la vida llevó mucho fruto en resurrección, su Padre es nuestro Padre.

La gloria del Padre y la naturaleza misma de Dios nos traen ahora la bendición con él, mientras que tan sólo un instante antes, por decirlo así, la santa venganza de Dios se ejecutó contra el pecado. Era la gloria en los lugares altísimos, la gracia aquí abajo, pero todo estaba fundado sobre la justicia, sin la cual el alma no haría más que enorgullecerse, quedando expuesta a ser arrastrada hacia las peores profundidades. Esta base de la justicia de Dios es necesaria para el pecador, y aquel que en sí mismo no era sino un pecador perdido, ahora tiene el derecho de conocer a Dios no sólo como Dios, sino además como Padre. “Anunciaré tu nombre a mis hermanos”. Ahora hay perdón y paz; y no solamente eso, sino también asociación con Cristo mismo.

Veamos ahora cómo es introducida la declaración de Su nombre. “Dios mío, Dios mío”, dice Jesús en el momento en que es desamparado sobre la cruz, cuando es hecho pecado, y cuando llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero. Ésta es la verdadera respuesta, simple y rotunda, a aquellos que erróneamente sostienen que él llevó nuestros pecados durante toda su vida aquí abajo. Si hubiese sido así, Jesús habría tenido que ser desamparado por Dios durante todo ese tiempo, a menos que se suponga que Dios habría podido complacerse entretanto juzgaba el pecado. Esto sería negar el hecho de que Jesús gozaba perfectamente del amor y de la comunión de su Padre durante su vida. El Hijo de Dios aquí abajo, anduvo siempre en el conocimiento íntimo y perfecto de la

presencia de su Padre y de su relación con él, y, por consecuencia, sintió aún más el hecho de ser desamparado.

Pero ahora, el pecado que había sido puesto sobre él, fue quitado por su muerte; y, como testimonio de que todo ha sido quitado, él resucitó de entre los muertos, y entonces declara ese nombre, sin decir primero vuestro Padre o nuestro Padre (esto no hubiese estado a la altura de su gloria, al margen de cuál haya podido ser su amor), sino “a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios”. Así, lo que Dios es como Padre para él, descansa ahora sobre aquellos por los cuales murió, sobre aquellos cuyos pecados fueron borrados por la sangre de la cruz.

Pero esto no es todo. La aceptación perfecta y manifiesta del Hombre que Dios hizo pecado, ahora les pertenece por completo; no sólo el amor del Padre, sino la gloria y la luz de Dios. Es, pues, el amor, no solamente en cuanto a la relación, sino en su misma naturaleza; sí, y más aún: todo lo que Dios siente como Dios, todo lo relativo a él que fue reivindicado para siempre, no sólo pertenece a Cristo, sino que, como consecuencia de su obra, pertenece también a aquellos que descansan en esta persona y en esta obra. Tal es la fuerza y el resultado de la expiación. Y no sólo es para el cielo, porque él mismo lo dijo cuando estaba en la tierra. Iba al cielo; pero por sabias y serias razones, esto expresamente estaba revelado aquí a las personas que más lo necesitaban: a los pobres en espíritu,

a los mansos, a sus discípulos a los cuales se dio a sí mismo como ejemplo de dependencia y de obediencia, de gracia y de justicia, de comunión feliz y apacible con su Padre. Pero si no los hubiese librado por gracia, todo esto sólo habría agravado la condición de ellos, que era tan inferior a la Suya.

¡Con qué fuerza, pues, la bendita verdad irrumpe en sus corazones! Dios mismo, el Padre del Señor Jesús, era el Padre de ellos, así como su Dios; todo lo que es en Dios como tal, estaba, por la obra de la cruz, tan completamente a favor de ellos, como todo lo que es en él como Padre. Y notemos que no es solamente “como el Padre que se compadece de los hijos”, sino que ahora se trata de algo incomparablemente superior a esto. Es el Padre tal como Cristo lo conoció. “Anunciaré tu nombre a mis hermanos”, hermanos traídos —y traídos con justicia— a la misma relación, de manera que toda la satisfacción y el gozo de Dios mismo en Cristo (no sólo del Padre, relación que nos concedió gozar, sino de Dios), son compartidos con nosotros, porque somos aceptos en Cristo nuestro Señor.

Sin embargo, todavía tenemos más que escuchar. “En medio de la congregación te alabaré”. No es simplemente: “te alabaré”, ni “en la congregación”, sino “en medio de la congregación”. El apóstol Pablo cita este pasaje en la epístola a los Hebreos (2:12), y encontramos su cumplimiento en la pequeña compañía reunida ese día

(Juan 20:19). El Señor se encuentra en medio de ellos. No les reprocha la cobardía que acababan de demostrar, la incredulidad ni la infidelidad, sin mencionar la falta de amor por Su persona y del padecimiento por Su nombre. No digo que él no tuviera Sus caminos para con uno o para con otro; pero él los lleva inmediatamente a la relación más elevada y a las bendiciones más excelentes por Su sacrificio. Sabemos que se ocupó de varios de entre ellos, pero Sus caminos para con cada uno no impidieron ni pospusieron en absoluto la obra de su gracia.

“En medio de la congregación te alabaré”. Pensemos un instante en lo que fue la alabanza de Cristo en tal momento, en lo que debieron de ser sus sentimientos, ¡cuando salía de las tinieblas, del polvo de la muerte, del desamparo de Dios! Él solamente podía estimar en su justo valor la inmensidad de estas cosas, quien, habiendo sufrido una vez por los pecados, ahora descansa en una victoria ganada a tan alto precio. Llevó nuestros pecados; aquel que no conoció pecado, fue hecho pecado. Una vez que resucitó de entre los muertos, no lleva más los pecados; ahora alaba, y no lo hace solo, sino “en medio de la congregación”.

Y agrego algo más todavía. Viene el día en el cual esta tierra no estará más llena de gemidos, sino de aleluyas, día en el cual toda criatura tendrá parte en el coro de bendiciones, en el cual el cielo y la tierra estarán llenos de

gozo y de gloria. Pero jamás vendrá un día en el cual irrumpa una alabanza como la que Él comenzó aquel día. No es posible que aquellos que alaban con Cristo, habiendo sido llevados a tal asociación de bendición, puedan perderla —jamás la perderán—; pero si la alabanza comenzó con él, entonces ella será la de ellos para siempre, pero solamente será suya con Él en medio de ellos; y este salmo lo prueba de una manera tanto más llamativa por cuanto fue escrito especialmente en vista del pueblo terrenal. La alabanza del día de la resurrección es particular, porque es la de Cristo en medio de la congregación, es decir, en medio de sus hermanos.

¿Quién podría anunciarlo como Él? ¿Cuándo habría podido anunciarlo, sino cuando resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, y después de haber estado en el polvo de la muerte por el pecado? Nadie más que él podía sentir hasta lo más profundo lo que fue ser desamparado por Dios y no ser oído cuando clamaba a él. Pero ahora, habiendo sido oído “desde los cuernos de los búfalos”, entra como el hombre resucitado en la luz y la gloria de Dios, brillando para siempre en virtud de su propio sacrificio aceptado por Dios, y anuncia a sus hermanos el nombre (y nosotros mismos podemos decirlo ahora) de su Padre y el de ellos, de su Dios y el de ellos. Así, en medio de la Iglesia librada para siempre por él y en él, canta la alabanza. ¡Oh, qué alabanzas las de Cristo, ahora librado de tan grande muerte! ¿Pero acaso no son también las nuestras? ¿Y no las canta acaso “en

medio de” nosotros? ¡Qué carácter le imprime esta comunión a la adoración de la Iglesia! Ahora que el pecado fue juzgado como no podrá serlo nunca más, que Aquel que fue crucificado en debilidad, vive por el poder de Dios, la alabanza de Cristo solamente da una justa y completa idea de lo que conviene a la Iglesia de Dios.

Queridos lectores, ¿están sus pensamientos a tono con esto? ¿Es ésta la medida con la cual prueban sus corazones y sus labios cuando presentan sus sacrificios espirituales a su Dios y Padre? Estemos seguros de que él no estima ninguno de los sacrificios más que aquellos del Cristo resucitado, de Aquel que se digna a ser el conductor de los que se unen a él en este tiempo en que aún es rechazado, aunque esté, como lo sabemos, glorificado en lo alto.

Lo que Cristo canta es ciertamente, en el sentido más elevado, un cántico nuevo. Él solo sufrió así; pero en la alabanza no está solo; está en medio del coro de los redimidos. ¡Qué cosa maravillosa que aquí no sólo cante la alabanza “en” la congregación, sino “en medio de” ella! En el día de su poder, no será así para “la gran congregación” (v. 25). No significa que su alabanza haya de faltar en aquel día, ni que los grandes y pequeños no lo vayan a alabar en la tierra cuando todas las obras de Dios lo alaben y todos sus redimidos lo bendigan. Sin embargo, no es menos cierto que entre Él y aquellos que, desde su resurrección, son llamados y reunidos, hay una asociación

revelada por él, que sobrepasa en intimidad el gozo de aquellos que participarán en ese hermoso día. Él no anuncia a la gran congregación el nombre de Su Dios y Padre. Es cierto que alabará a Dios en ella, pero no en medio de ella como en el día de la resurrección.

Pues lo que se dice de ese jubileo para Israel y para la tierra sería todavía cierto si él alabara solo por su lado, y ellos lo hicieran por el suyo. Tampoco los llama sus hermanos como ahora, aunque pague sus votos (otra señal distintiva en sí misma) delante de aquellos que temen a Dios (v. 25), cuando toda rodilla se doble y “toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Filipenses 2:10-11), hasta los confines de la tierra, y entre todas las familias de las naciones.

Todo esto, ¿no es acaso la gracia para con nosotros, quienes nada merecíamos, “la verdadera gracia de Dios, en la cual estamos”? ¿Que podamos apreciar los consejos y los caminos del “Dios de toda gracia, que nos llamó a su gloria eterna en Jesucristo! ¡A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos!” (1 Pedro 5:10-12). ¿Que nuestras alabanzas abunden! ¿Pero que sean las alabanzas de Cristo en medio de nosotros, de Aquel que se digna a estar allí en medio de dos o tres congregados en su nombre! (Mateo 18:20). Él está con nosotros cuando somos llevados por alguna circunstancia a defender la verdad o la santidad de Dios: ¿Podría estar ausente acaso cuando nos reunimos para adorar a su Dios y a nuestro

Dios, a su Padre y a nuestro Padre? “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre” (Hebreos 13:15).

Los versículos siguientes del salmo 22 contienen un llamamiento fundado en la resurrección del Mesías sufriente: “Los que teméis a Jehová, alabadle; glorificadle, descendencia toda de Jacob, y temedle vosotros, descendencia toda de Israel. Porque no menospreció ni abominó la aflicción del afligido, ni de él escondió su rostro; sino que cuando clamó a él, le oyó” (v. 23-24). Podemos notar, de paso, que el Señor anticipó estas palabras cuando pronunció al morir: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46). Cuando Dios lo resucitó de entre los muertos hallamos la respuesta pública a su clamor.

Así, encontramos al Mesías, ya no sufriendo, sino siendo librado (“oído”), anunciado el nombre de su Dios y Padre a sus hermanos, y alabando él mismo en medio de la congregación. Y luego hay un llamamiento dirigido a todos aquellos que temen a Dios, para que lo alaben sobre la base de la expiación. Porque por la cruz de Cristo, toda la cuestión del pecado y de los pecados, delante de Dios y para el creyente, está resuelta para siempre.

Esto nos lleva a una nueva escena, en los versículos siguientes, que nos ayudará a comprender mejor lo que ya he tratado de explicar. El Mesías dice aquí: “De ti será mi

alabanza en la gran congregación” (v. 25). Así pues, la “gran congregación” se distingue de “la congregación” del versículo 22 en la cual vemos claramente que es la Iglesia la que lo rodea a Él, cuando ha resucitado de entre los muertos; mientras que en el versículo 25 leemos: “De ti será mi alabanza en la gran congregación”. Nótese que aquí no es “en medio de ellos”; no se habla aquí de ninguna asociación con Cristo.

En el capítulo 20 del Evangelio de Juan 20 encontramos también lo que corresponde a la gran congregación. Este capítulo ya nos dio la ilustración y también el cumplimiento del anuncio de su nombre a sus hermanos, y de la congregación en medio de la cual Él alaba. En efecto, Tomás vino ocho días después y, cuando su incredulidad fue puesta de manifiesto, exclamó: “Señor mío, y Dios mío”. No se insinúa ni una palabra acerca de “mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios”. Ya no se describe más aquí la asociación de Cristo con sus discípulos, sino otra confesión que la gracia sacará de la “gran congregación”, como lo hizo de Tomás, cuando el remanente del pueblo de Israel se arrepienta y confiese a su Mesías despreciado y rechazado durante tan largo tiempo. Este remanente también dirá entonces: “¡Señor mío, y Dios mío!”. Es una sorprendente imagen de lo que Israel conocerá y confesará en aquel día (compárese con Zacarías 12:10-14).

¡Qué grande será la alabanza! Pero, lo repito, en el versículo 25 del salmo 22 no se trata de la asociación con Cristo, pues no lo vemos alabando en medio de la congregación. No hay allí esa bendita comunión con él. De Cristo en aquel día se dice: "Mis votos pagaré delante de los que le temen". ¿Qué otra cosa podría mostrar más claramente que esto se halla sobre un terreno judío? Y más adelante, no es tanto lo que se dice de ellos lo que los distingue de aquellos de los cuales se habla en el versículo 22, sino lo que no se dice. Aquí no se trata de anunciar el nombre de su Dios y Padre, tampoco son llamados sus hermanos. Habrá un pueblo bendecido, pero como pueblo, alrededor de Aquel que es al mismo tiempo el Mesías que reina y Jehová su Dios. En aquel día, Él también alaba y paga sus votos.

Vimos la alabanza de Cristo en medio de la congregación de sus hermanos, Jefe de ellos, cuando resucitó de entre los muertos; luego, el testimonio de Dios para los que le temen (compárese Hechos 10:35), así como a toda la simiente de Jacob o de Israel. El día cuando la gracia reúne a los hijos de Dios es también un día de Buenas Nuevas para toda criatura, judío o gentil, para que crean. Pero ahora hay más que un testimonio. Las alabanzas del Mesías vienen de Jehová en la gran congregación; el Mesías paga sus votos delante de aquellos que le temen. Éste es el cumplimiento cierto y público de todas las promesas. Toda la profecía concerniente a la gloria venidera para la tierra y las naciones se cumple. Así

“comerán los humildes, y serán saciados; alabarán a Jehová los que le buscan; vivirá vuestro corazón para siempre. Se acordarán, y se volverán a Jehová todos los confines de la tierra, y todas las familias de las naciones adorarán delante de ti. Porque de Jehová es el reino, y él regirá las naciones” (v. 26-28).

Ni una palabra de todo esto se encuentra en el pasaje precedente. No solamente invita a todos los confines de la tierra a acordarse, sino que realmente “se acordarán”. No será el Evangelio de la gracia, como hoy, ni la Iglesia, sino el despliegue del reino en todo su poder. Todos se volverán hacia Jehová, como aquí se nos asegura: “Y todas las familias de las naciones adorarán delante de ti”. Ya no se trata más del lugar del cristiano (éste nos fue presentado ya en el v. 22); en el versículo 23 está el testimonio; el fundamento de la fe está puesto en el versículo 24. Luego, los versículos 25-31 exponen lo que caracterizan los días del milenio. Cuando Cristo pide y obtiene la tierra (Salmo 2) se encuentra en la “gran congregación”.

Hoy día, por el contrario, la suya es tan sólo una “manada pequeña”, y todo lo que es grande entre los hombres es contrario a Dios. No será así en el futuro. Cristo tendrá la “gran congregación”, y él mismo dominará sobre todas las naciones. Entonces “comerán y adorarán todos los poderosos de la tierra; se postrarán delante de él todos los que descienden al polvo”. Será un día en el cual

confesarán su dependencia, a pesar de la más rica bendición, porque nadie podrá “conservar la vida a su propia alma”. Él es la vida y la fuerza de todos, por cuanto es exaltado entre todos. “La posteridad le servirá; esto será contado de Jehová hasta la postrera generación”. La antigua generación que rechazó a Cristo pasó, pero el remanente vuelto, después de haber pasado por el juicio, será una simiente santa y una vid nueva. “Vendrán, y anunciarán su justicia” (despojados ahora de toda presunción) “a pueblo no nacido aún, anunciarán que él hizo esto” (v. 29-31). No se trata del cielo ni de la eternidad, como tampoco del presente siglo malo, sino del santo y magnífico siglo venidero, cuando el Señor Jehová haya de ser bendecido y bendecirá: el Dios de Israel que sólo obra maravillas; y en aquel día su nombre glorioso será bendito para siempre, y toda la tierra será llena de su gloria. Amén.

William Kelly

12

JUZGARSE A SÍ MISMO

Existen pocos ejercicios más valiosos y saludables para el cristiano que el de juzgarse a sí mismo. Con esto no me refiero a la desdichada práctica de buscar en uno mismo pruebas de vida y de seguridad en Cristo, pues sería terrible estar ocupados en esto. Yo no podría concebir ninguna otra ocupación más deplorable que la de estar mirando a un yo vil en vez de contemplar a un Cristo resucitado. La idea que muchos cristianos parecen abrazar con respecto a lo que se conoce como «autocrítica» —esto es, un examen de sí mismos— es por cierto deprimente. Ellos lo consideran como un ejercicio que puede terminar haciéndolos descubrir que no son cristianos en absoluto. Esto, lo repetimos, es una labor terrible.

Sin duda es bueno que aquellos que han estado edificando sobre un fundamento arenoso tengan abiertos sus ojos para ver el grave error que ello configura. Es bueno que aquellos que con satisfacción han estado envueltos en ropajes farisaicos se despojen de los mismos. Es bueno que aquellos que han estado durmiendo en una casa en llamas despierten de sus sueños. Es bueno que aquellos que han estado caminando con los ojos vendados al borde de un terrible precipicio se saquen la venda de sus ojos para que vean el peligro y retrocedan. Ninguna mente inteligente y ordenada pensaría en poner en duda la propiedad de todo esto. Pero entonces, admitiendo plenamente lo antedicho, la cuestión del verdadero juicio propio permanece completamente intacta. En la Palabra de Dios no se le enseña ni una vez al cristiano a examinarse a sí mismo con la idea de que descubra que no es cristiano, sino —y trataremos de demostrarlo— precisamente lo contrario.

Hay dos pasajes en el Nuevo Testamento que son tristemente mal interpretados. El primero tiene que ver con la celebración de la cena del Señor: “Por tanto, pruébese (o examínese) cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa. Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí” (1.^a Corintios 11:28-29). Ahora bien; es común, en este pasaje, que el término “indignamente” se lo aplique a las personas que participan, cuando, en realidad, se refiere a la manera de participar. El apóstol

nunca pensó en cuestionar el cristianismo de los corintios; es más, en las palabras de apertura de su epístola él se dirige a ellos en estos términos: “a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos” (en rigor, «santos por llamamiento»). ¿Cómo podía él emplear este lenguaje en el capítulo 1 y poner en tela de juicio, en el capítulo 11, la dignidad de esos santos para participar de la cena del Señor? ¡Imposible! Él los consideraba santos y, como tales, los exhortó a celebrar la cena del Señor de una manera digna. Jamás se planteó la cuestión de que estuviera presente allí alguno que no fuese verdadero cristiano; de modo que era absolutamente imposible que la palabra “indignamente” se pudiera aplicar a personas. Su aplicación correspondía únicamente a la manera. Las personas eran dignas, pero su manera no; y entonces fueron exhortadas, como santas, a juzgarse a sí mismas en lo que respecta a su proceder, pues, de lo contrario, el Señor habría de juzgarlas en sus personas, como ya había sido hecho (1 Corintios 11:30). En una palabra, habían sido exhortados a juzgarse a sí mismos en su calidad de cristianos. Si ellos hubiesen tenido dudas de esa condición, no habrían sido capaces de juzgar absolutamente nada. Yo nunca pensaría en hacer que mi hijo juzgase si es hijo mío o no, pero sí esperarí­a que él se juzgara a sí mismo en cuanto a sus hábitos, pues, de lo contrario, yo tendrí­a que hacer, mediante la disciplina, lo que él debió haber hecho mediante el enjuiciamiento propio. Precisamente porque lo considero mi hijo no lo

dejaría sentarse a mi mesa con ropas sucias y malos modales.

El segundo pasaje se encuentra en 2.^a Corintios 13: “pues buscad una prueba de que habla Cristo en mí... examinaos a vosotros mismos” (v. 3-5). El resto del pasaje es un paréntesis. El punto esencial es éste: el apóstol apela a los mismos corintios como la clara prueba de que su apostolado era divino; de que Cristo hablaba en él, de que su comisión provenía del cielo. Él los consideraba como verdaderos cristianos, a pesar de toda la confusión que reinaba en la asamblea; pero, puesto que ellos constituían el sello de su ministerio, ese ministerio debía ser divino, y, por ende, no debían oír a los falsos apóstoles que hablaban en contra de él. El cristianismo de los corintios y el apostolado de Pablo estaban tan íntimamente relacionados que poner en duda el uno implicaba poner en duda el otro. Resulta claro, pues, que el apóstol no exhortaba a los corintios a examinarse a sí mismos con la idea de que dicho examen pudiera resultar en el triste descubrimiento de que no eran cristianos en absoluto. ¡Todo lo contrario! En realidad, es como si yo fuera a mostrarle un auténtico reloj a una persona y le dijese: «Ya que usted busca pruebas de que el hombre que fabricó este reloj es un verdadero relojero, examine el aparato».

Resulta claro, pues, que ninguno de los pasajes citados aporta garantía alguna que apoye la idea de ese

tipo de «examen de conciencia» o «autocrítica» que algunos sostienen, el cual se basa en un sistema de dudas y temores y carece de todo respaldo en la Palabra de Dios. El juicio propio, sobre el cual deseo llamar la atención del lector, es algo totalmente diferente. Es un sagrado ejercicio cristiano del más saludable carácter. Tiene por base la más inquebrantable confianza respecto de nuestra salvación y aceptación en Cristo. El cristiano es exhortado a juzgarse a sí mismo por cuanto es cristiano, y no para ver si lo es. Esto marca toda la diferencia. Si estuviera mil años haciendo un examen de conciencia, una autocrítica, y buceara en el yo, no hallaría otra cosa que miseria, ruinas e iniquidad, cosas todas a las que Dios hizo a un lado y a las que yo tengo la responsabilidad de considerarlas “muertas”. ¿Cómo podría esperar obtener pruebas consoladoras mediante tal examen? ¡Imposible! Las pruebas del cristiano no han de hallarse en su corrompido yo, sino en el resucitado Cristo de Dios; y cuanto más logre olvidarse de lo primero y ocuparse en lo segundo, tanto más feliz y santo será. El cristiano se juzga a sí mismo, juzga sus hábitos, sus pensamientos, sus palabras y sus actos porque cree que es cristiano, no porque dude que lo sea. Si él duda, no es apto para juzgar nada. El verdadero creyente se juzga a sí mismo estando plenamente consciente y gozoso de la eterna seguridad de la gracia de Dios, de la divina eficacia de la sangre de Jesús, del poder de Su intercesión que prevalece sobre todo, de la inquebrantable autoridad de la Palabra, de la divina seguridad de la más débil oveja de Cristo; sí,

entrando en estas realidades inapreciables por la enseñanza de Dios el Espíritu Santo, el creyente verdadero se juzga a sí mismo. La idea humana de la «autocrítica» se basa en la incredulidad. La idea divina del juicio propio, en cambio, se basa en la confianza.

Pero nunca olvidemos que somos exhortados a juzgarnos a nosotros mismos. Si perdemos esto de vista, la vieja naturaleza no tardará en aflorar de nosotros y ganará la delantera; entonces tendremos que ocuparnos tristemente en ello. Los cristianos más devotos tienen un sinnúmero de cosas que necesitan ser juzgadas, y, si no se juzgan habitualmente, seguramente acumularán abundante y amargo trabajo para sí. Si hubiese enojo o ligereza, orgullo o vanidad, desidia natural o impetuosidad natural, cualquier cosa que pertenezca a la naturaleza caída, nuestro deber como cristianos es juzgar y avasallar todas estas cosas. Todo lo que sea juzgado de forma permanente nunca se hallará en la conciencia. El enjuiciamiento propio mantendrá todos nuestros asuntos de forma correcta y en orden; pero, si la vieja naturaleza no es juzgada, no sabemos cómo, cuándo o dónde brotará, provocando un agudo dolor del alma y trayendo deshonra al nombre del Señor. Los más graves casos de fracaso y decadencia generalmente se deben al descuido en el juicio de uno mismo respecto de cosas pequeñas. Hay tres diferentes niveles de juicio: el juicio propio, el juicio de la iglesia y el juicio divino. Si un hombre se juzga a sí mismo, la asamblea se conserva pura. Pero si no lo hace, el mal

brotará de alguna forma, y entonces la asamblea se verá comprometida. Y si la asamblea deja de juzgar el mal, entonces Dios habrá de tratar con la asamblea. Si Acán hubiese juzgado sus pensamientos ambiciosos, la congregación no se habría visto implicada (Josué 7). Si los corintios se hubiesen juzgado en privado, el Señor no habría tenido que juzgar a la asamblea en público (1.^a Corintios 11).

Todo esto es sumamente práctico y humillante para el alma. ¡Ojalá que todo el pueblo del Señor aprenda a andar en el despejado día de Su favor, en el santo gozo de sus mutuas relaciones y en el habitual ejercicio de un espíritu de juicio propio!

13

LA BIBLIA SU SUFICIENCIA Y SUPREMACÍA

Sabemos de algunas personas que querrían persuadirnos con vehemencia de que las cosas están tan completamente cambiadas desde que la Biblia fue escrita, que sería necesaria para nosotros otra guía distinta de la que nos proporcionan sus preciosas páginas. Esas personas nos dicen que la sociedad no es la misma ahora que la de entonces; que la Humanidad ha realizado progresos; que ha habido tal desarrollo de los poderes de la naturaleza, de los recursos de la ciencia y de las aplicaciones de la filosofía que sostener la suficiencia y

supremacía de la Biblia en una época como la actual, sólo puede ser tildado de bagatela, ignorancia o tontería.

Ahora bien, aquellos que nos dicen estas cosas pueden ser personas muy inteligentes e instruidas, pero no tenemos ningún reparo en decirles que, a este respecto, yerran “ignorando las Escrituras y el poder de Dios” (Mateo 22:29). Por cierto que deseamos rendir el debido respeto al saber, al genio y al talento siempre que se encuentren en su justo lugar y en su debida labor; pero, cuando hallamos a tales individuos ensalzando sus arrogantes cabezas por encima de la Palabra de Dios, cuando les hallamos sentados como jueces, mancillando y desprestigiando aquella incomparable revelación, sentimos que no les debemos el menor respeto y les tratamos ciertamente como a tantos agentes del diablo que se esfuerzan por sacudir aquellos eternos pilares sobre los cuales ha descansado siempre la fe del pueblo de Dios. No podemos oír ni por un momento a hombres — por profundos que sean sus discursos y pensamientos— que osan tratar al Libro de Dios como si fuera un libro humano y hablar de esas páginas que fueron compuestas por el Dios todosabio, todopoderoso y eterno, como si fueran producto de un mero mortal, débil y ciego.

Es importante que el lector vea claramente que los hombres o bien deben negar que la Biblia es la Palabra de Dios, o bien deben admitir su suficiencia y supremacía en todas las épocas y en todos los países, en todos los

períodos y en todas las condiciones del género humano. Dios ha escrito un libro para la guía del hombre, y nosotros sostenemos que ese libro es ampliamente suficiente para ese fin, sin importar cuándo, dónde o cómo encontremos a su destinatario. “Toda la Escritura es inspirada por Dios... a fin de que el hombre de Dios sea perfecto (griego: a[rtiov”)[1], enteramente preparado para toda buena obra” (2.^a Timoteo 3:16-17). Esto seguramente es suficiente. Ser perfecto y estar enteramente preparado debe necesariamente implicar la independencia del hombre de todos los argumentos humanos de la Filosofía y de la pretendida Ciencia.

Sabemos muy bien que al escribir así nos exponemos a la burla del instruido racionalista y del culto e ilustre filósofo. Pero no somos lo suficientemente susceptibles a sus críticas.

Admiramos en gran manera cómo una mujer piadosa — aunque, sin duda, muy ignorante— contestó a un hombre erudito que estaba intentando hacerle ver que el escritor inspirado había cometido un error al afirmar que Jonás estuvo en el vientre de una ballena[2]. Él le aseguraba que tal cosa no podría ser posible, ya que la historia natural de la ballena demuestra que ella no podría tragar algo tan grande. «Bueno —dijo la mujer— yo no conozco demasiado acerca de Historia Natural, pero sé esto: si la Biblia me dijera que Jonás se tragó el gran pez, yo le creería.» Ahora bien, es posible que muchos piensen que

esta pobre mujer se hallaba bajo la influencia de la ignorancia y de la ciega credulidad; pero, por nuestra parte, preferiríamos ser la mujer ignorante que confiaba en la Palabra de Dios antes que el instruido racionalista que trataba de menoscabar la autoridad de esta última. No tenemos la menor duda en cuanto a quién se hallaba en la posición correcta.

Pero no vaya a suponerse que preferimos la ignorancia al saber. Ninguno se imagine que menospreciamos los descubrimientos de la Ciencia o que tratamos con desdén los logros de la sana Filosofía. Lejos de ello. Les brindamos el mayor respeto en su propia esfera. No podríamos expresar cuánto apreciamos la labor de aquellos hombres versados que dedicaron sus energías al trabajo de desbrozar el texto sagrado de los diversos errores y alteraciones que, a través de los siglos, se habían deslizado en él, a causa del descuido y la flaqueza de los copistas, de lo cual el astuto y maligno enemigo supo sacar provecho. Todo esfuerzo realizado con miras a preservar, desarrollar, ilustrar y dar vigor a las preciosas verdades de la Escritura lo estimamos en muy alto grado; pero, por otro lado, cuando hallamos a hombres que hacen uso de su sabiduría, de su ciencia y de su filosofía con el objeto de socavar el sagrado edificio de la revelación divina, creemos que es nuestro deber alzar nuestras voces de la manera más fuerte y clara contra ellos y advertir al lector, muy solemnemente, contra la funesta influencia de tales individuos.

Creemos que la Biblia, tal como está escrita en las lenguas originales —hebreo y griego—, es la Palabra misma del sabio y único Dios verdadero, para quien un día es como mil años y mil años como un día, quien vio el fin desde el principio, y no sólo el fin, sino todos los períodos del camino. Sería, pues, una positiva blasfemia afirmar que «hemos llegado a una etapa de nuestra carrera en la cual la Biblia ya no es suficiente», o que «estamos obligados a seguir un rumbo fuera de sus límites para hallar una guía e instrucción amplias para el tiempo actual y para cada momento de nuestro peregrinaje terrenal». La Biblia es un mapa perfecto en el cual cada exigencia del navegante cristiano ha sido prevista. Cada roca, cada banco de arena, cada escollo, cada cabo, cada isla, han sido cuidadosamente asentados. Todas las necesidades de la Iglesia de Dios para todos aquellos que la conforman, han sido plenamente provistas. ¿Cómo podría ser de otro modo si admitimos que la Biblia es la Palabra de Dios? ¿Podría la mente de Dios haber proyectado o su dedo haber trazado un mapa imperfecto? ¡Imposible! O bien debemos negar la divinidad, o bien admitir la suficiencia del «Libro». Nos aferramos tenazmente a la segunda opción. No existe término medio entre estas dos posibilidades. Si el libro es incompleto, no puede ser de Dios; si es de Dios, debe ser perfecto. Pero si nos vemos obligados a recurrir a otras fuentes para guía e instrucción referente a la Iglesia de Dios y a aquellos que la conforman —cualesquiera sean sus lugares— entonces

la Biblia es incompleta y, por ende, no puede ser de Dios en modo alguno.

La tradición

Querido lector, ¿qué debemos hacer entonces? ¿Adónde debemos recurrir? Si la Biblia no es el manual divino y, por tanto, no es plenamente suficiente, ¿qué queda? Algunos nos sugerirán que recurramos a la tradición. ¡Ay, qué guía miserable! Tan pronto como nos hayamos internado en el amplio campo de la tradición, nuestros oídos se verán sobresaltados por causa de diez mil extraños y discordantes sonidos. Puede ser que nos encontremos con una tradición que parezca muy auténtica, muy venerable, digna de todo respeto y confianza y nos encomendemos así a su guía; pero, no bien lo hagamos, otra tradición se cruzará por nuestro camino reclamando con fuerza nuestra atención y conduciéndonos en una dirección totalmente opuesta. Así sucede con la tradición. La mente se aturde y uno se acuerda del alboroto en Éfeso, respecto del cual leemos que “unos, pues, gritaban una cosa, y otros otra; porque la concurrencia estaba confusa” (Hechos 19:32). El caso es que necesitamos una norma perfecta, y esto sólo puede hallarse en una revelación divina, la cual, como lo creemos, debe ser hallada en las páginas de nuestra tan preciosa Biblia. ¡Qué tesoro! ¡Cómo debemos bendecir a Dios por este don! ¡Cómo debemos alabar su nombre por su gran misericordia, la que no dejó a su Iglesia pendiente

de la voluble tradición humana, sino de la segura luz divina! No necesitamos que la tradición asista la revelación, sino más bien utilizamos esta última para poner a prueba a aquélla. Darle lugar a la tradición humana para que acuda en auxilio de la revelación divina, es lo mismo que si prendiéramos una débil vela con el objeto de ayudar a los potentes rayos solares del mediodía.

La conveniencia

Pero existe aún otro muy engañoso y peligroso recurso presentado por el enemigo de la Biblia y, lamentablemente, aceptado por miles de integrantes del pueblo de Dios. Se trata de la conveniencia o del muy atractivo argumento de hacer todo el bien que podamos, sin prestar la debida atención a la manera en que hacemos tal bien. El árbol de la conveniencia es un árbol muy extendido, el cual produce los más atractivos frutos. Pero, ¡ah, querido lector, recuerde que esos frutos se sentirán amargos como el ajeno al final! Sin duda, hacer todo el bien que podamos es algo bueno, pero reparemos con cuidado de qué manera lo hacemos. No nos engañemos a nosotros mismos por la vana ilusión de que Dios aceptará alguna vez servicios basados en una positiva desobediencia a su palabra. “Mi ofrenda a Dios”, decían los antiguos, a la vez que pasaban por alto descaradamente el claro mandamiento de Dios, como si Él fuese a sentir agrado en una ofrenda presentada de

acuerdo con tal principio. Hay una íntima relación entre el viejo “Corbán” y la moderna «conveniencia», pues “nada hay nuevo debajo del sol” (Eclesiastés 1:9). La solemne responsabilidad de obedecer la Palabra de Dios era evadida mediante el plausible pretexto de “es Corbán”, o “mi ofrenda a Dios” (Marcos 7:7-13).

Así sucedió antiguamente. El “Corbán” de los antiguos justificó —o procuró justificar— un sinnúmero de transgresiones a la ley de Dios; y la «conveniencia» de nuestros tiempos seduce a otros tantos para que traspasen el límite trazado por revelación divina.

Ahora bien, reconocemos totalmente que la conveniencia ofrece los atractivos más codiciables. Parece algo muy placentero hacer mucho bien, lograr los fines de una benevolencia totalmente desinteresada, lograr resultados tangibles. No sería asunto fácil, por cierto, estimar debidamente las atrapantes influencias de tales cosas o la inmensa dificultad de arrojarlas por la borda. ¿Nunca nos hemos visto tentados, mientras nos manteníamos sobre la estrecha senda de la obediencia, a contemplar fuera de ella los brillantes campos de la conveniencia, a uno y otro lado, y exclamar: «¡Ay, estoy sacrificando mi utilidad por una idea!»? Sin duda; pero entonces, ¿qué ocurriría si tuviésemos un fundamento para esa «idea», así como lo tenemos para las doctrinas fundamentales de la salvación? La pregunta es: ¿Cuál es la idea? ¿Está ella basada sobre “así ha dicho el Señor”? (Amós 5:16). Si es

así, entonces aferrémonos a ella tenazmente aunque diez mil partidarios de la conveniencia estuvieren profiriendo contra nosotros el penoso cargo de ciego fanatismo. Hay un inmenso poder en la respuesta breve pero tajante dada a Saúl: “¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (1.º Samuel 15:22). La palabra de Saúl fue sacrificios, en cambio la de Samuel fue obediencia. Sin duda el balido de las ovejas y el bramido de los bueyes eran apasionantes y llamativos. Ellos serían considerados como pruebas sustanciales de que algo estaba siendo hecho; mientras que, por otro lado, la senda de la obediencia parecía estrecha, silenciosa, solitaria e infructuosa. Pero, ¡qué penetrantes aquellas palabras de Samuel: “El obedecer es mejor que los sacrificios”! ¡Qué victoriosa respuesta a los más elocuentes defensores de la conveniencia! Palabras concluyentes, de lo más convincentes, las cuales nos enseñan que es mejor mantenerse firme como una estatua de mármol sobre la senda de la obediencia que lograr los fines más deseables mediante la transgresión de un claro precepto de la Palabra de Dios.

Pero nadie vaya a suponer que uno debe ser como una estatua en aquella senda de la obediencia. Lejos de ello. Hay servicios preciosos y extraordinarios para ser realizados por los obedientes, servicios que sólo pueden

ser desempeñados por hombres así y que deben toda su preciosidad al hecho de ser fruto de la simple obediencia[3]. Ciertamente, esos servicios bien pueden no hallar lugar en el registro público de la ocupada y agitada actividad del hombre; pero ellos están registrados en lo alto y serán publicados a su debido tiempo. Como nos decía a menudo un querido amigo: «El cielo será el lugar más seguro y feliz para oír acerca de nuestra obra aquí abajo.» No perdamos esto de vista, y prosigamos nuestro camino con toda sencillez, acudiendo a Cristo, el Señor, para toda guía, poder y bendición. Que Su bendita aprobación sea suficiente para nosotros. Que no se nos halle mirando de reojo con la intención de conseguir la aprobación de un pobre mortal, cuyo aliento está en sus narices, ni anhelando hallar nuestros nombres en medio del reluciente registro de los grandes hombres de la época. El siervo de Cristo debe poner su mirada lejos de todas estas cosas. Su gran ocupación es obedecer. Su objetivo no debe ser hacer todo lo posible, sino simplemente hacer lo que se le ordena. Esto hace que todo sea claro y, además, hará de la Biblia algo precioso como la depositaria de la voluntad del Maestro, a la cual él debe acudir continuamente para saber lo que tiene que hacer y cómo lo debe hacer. Ni la tradición, ni la conveniencia, serán de utilidad para el siervo de Cristo. La pregunta vital es: “¿Qué dice la Escritura?” (Romanos 4:3).

Esto lo resuelve todo. No debe haber ninguna apelación respecto de una decisión de la Palabra de Dios. Cuando

Dios habla, al hombre le corresponde la sumisión. De ninguna manera es esto una cuestión de obstinada adhesión a las ideas propias del hombre. Es justamente todo lo contrario. Es una adhesión reverente a la Palabra de Dios. Que el lector advierta esto claramente. Con frecuencia sucede que, cuando uno está decidido, a través de la gracia, a obrar de acuerdo con la Escritura, será declarado dogmático, intolerante e impetuoso; y, sin duda, uno tiene que velar por su temperamento, espíritu y estilo, aun cuando procure obrar de conformidad con la Palabra de Dios. Pero téngase muy presente que la obediencia a los mandamientos de Cristo es justo lo contrario de la arrogancia, del dogmatismo y de la intolerancia. No es de extrañar que, cuando un hombre consiente dócilmente en confiar su conciencia al cuidado de sus semejantes y en sujetar su inteligencia a las opiniones de los hombres, se lo considere como persona apacible, modesta y liberal; pero, no bien se someta con reverencia a la autoridad de la Santa Escritura, será tenido como alguien confiado en sí mismo, dogmático y de mentalidad estrecha. Que así sea. Viene rápidamente el tiempo en el cual la obediencia será llamada por su verdadero nombre y halle su reconocimiento y recompensa. El creyente fiel debe sentirse contento de esperar ese momento y, mientras lo aguarda, debe sentirse satisfecho de permitir que los hombres lo llamen como les plazca. “Jehová conoce los pensamientos de los hombres, que son vanidad” (Salmo 94:11).

El racionalismo

Pero debemos finalizar nuestro tema, por lo cual añadiremos solamente, a modo de conclusión, que existe una tercera influencia hostil contra la cual el amante de la Biblia tendrá que estar en guardia. Se trata del racionalismo o la supremacía de la razón humana. El fiel discípulo de la Palabra de Dios deberá resistir a este audaz intruso con la más firme entereza. Éste tiene la presunción de colocarse como juez de la Palabra de Dios y resolver en qué parte es digna de Dios y en qué parte no, prescribiendo límites a la inspiración. En vez de someterse con humildad a la autoridad de la Escritura, la cual se remonta de continuo a una región a la cual la pobre y ciega razón jamás la puede seguir, el racionalismo, con todo orgullo, procura hacer descender a la Escritura por debajo de Su verdadero nivel y acomodarla al de él. Si la Biblia declara algo que no concuerde aun en lo más mínimo con las conclusiones del racionalismo, entonces —se alega— tiene que tener alguna falla. Si Dios dice algo que la pobre, ciega y pervertida razón no puede conciliar con sus propias conclusiones —las cuales, nótese, las más de las veces son los absurdos más groseros— Él es excluido de su propio libro.

Y esto no lo es todo. El racionalismo nos priva de la única norma perfecta de verdad y nos conduce hacia una región en la cual prevalece la más tenebrosa incertidumbre.

Procura socavar la autoridad de un libro del cual podemos creer todo y conducirnos hacia un campo de especulación en el cual no podemos estar seguros de nada. Bajo el dominio del racionalismo, el alma es como una embarcación desprendida de sus amarras de seguridad en el puerto de la revelación divina y que se verá bamboleada como un corcho sobre la turbulenta y devastadora corriente del escepticismo universal.

Ahora bien, no esperamos convencer a un consumado racionalista, aun cuando el mismo condescendiera a examinar nuestras modestas páginas, lo cual es algo muy improbable. Ni podríamos esperar ganar para nuestro modo de pensar al decidido defensor de la conveniencia, o al ardiente admirador de la tradición. Ni tenemos la competencia, ni el tiempo libre, ni el espacio para entrar en tal línea de argumento como sería necesario si fuésemos a procurar tales fines. Pero estamos deseosos de que el lector cristiano perciba, a partir de la lectura cuidadosa de este artículo, de un modo más profundo la preciosidad de su Biblia. Deseamos fervientemente que las palabras LA BIBLIA: Su suficiencia y supremacía, se graben, en amplios y profundos caracteres, en la tabla del corazón del lector (véase Proverbios 7:3).

Sentimos que tenemos un solemne deber que cumplir, en un tiempo como el presente, en el cual la superstición, la conveniencia y el racionalismo están todos en plena actividad, como tantos otros agentes del diablo, en sus

esfuerzos por socavar los fundamentos de nuestra santísima fe. Ésta la debemos a aquel bendito volumen inspirado del cual hemos bebido corrientes de vida y paz para dar nuestro débil testimonio a la divinidad de cada una de sus páginas, para dar expresión, de esta forma permanente, a nuestra profunda reverencia a su autoridad y a nuestra convicción por su suficiencia divina para todas las necesidades, ya sea del creyente individualmente o de la Iglesia colectivamente.

Instamos seriamente a nuestros lectores a valorar las Santas Escrituras más que nunca, y también, en los más acuciantes términos, a que se guarden de toda influencia —sea de la tradición, de la conveniencia o del racionalismo— que tienda a debilitar su confianza en aquellos oráculos celestiales. El espíritu y los principios que hoy prevalecen hacen que sea imperioso asirnos tenazmente a la Escritura, atesorarla en nuestros corazones y sujetarnos a su santa autoridad.

¡Quiera Dios Espíritu, el autor de la Biblia, producir en el escritor y en el lector de estas líneas un amor más ardiente por esa Biblia! Quiera Él acrecentar nuestro conocimiento práctico con su contenido y conducirnos a una sumisión más completa a sus enseñanzas en todas las cosas, para que Dios sea glorificado aún más en nosotros a través de Jesucristo nuestro Señor.

14

LA COMPASIÓN Y LA GRACIA DE JESÚS

(Lea cuidadosamente Mateo 14:1-21 y Marcos 6:30-44)

En estos dos versículos paralelos nosotros nos presentamos con dos distintas condiciones del corazón en los cuales ambos encuentran su respuesta en la compasión y la gracia del Señor Jesús. ¡Permítanos examinarlo diligentemente y pueda el Espíritu Santo permitirnos tomar y llevar siempre su preciosa enseñanza!

Fue un momento de dolor profundo para los discípulos de Juan cuando su maestro cayó por la espada de Herodes, cuando era el único en quién ellos estaban habituados a

apoyarse y de cuyos labios los cuales ellos se habían acostumbrado a beber la instrucción, se aferraron ellos igual como una costumbre. Esto era verdaderamente un momento de tristeza y desolación, a los seguidores del Bautista.

Pero había uno a quién ellos podían venir con su dolor y en cuyo oído ellos podrían verter su historia de dolor – El único de quién su maestro había hablado, a quién él había señalado y de quién él había dicho “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”. Recurrieron a Él los discípulos afligidos. Nosotros leemos “... los discípulos de Juan, tomaron el cadáver, y lo sepultaron; y yendo, se lo contaron a Jesús”. Esto era lo mejor que ellos pudieron haber hecho. No había otro corazón en la tierra en el que ellos pudieran encontrar una respuesta compasiva, del corazón amoroso de Jesús. Su compasión era perfecta. Él conoció todo el dolor de ellos. Él supo de su pérdida y como ellos se estaban sintiendo. Estos discípulos actuaron sabiamente cuando “yendo, se lo contaron a Jesús”. Su oído estaba siempre abierto y su corazón siempre preparado a consolar, y ha compadecerse. Él ejemplifica perfectamente el mandato después incluidas en las palabras del Espíritu Santo, “Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran” (Romanos 12:15).

¿Quién puede decir algo sobre el valor de la compasión genuina?, ¿Quién puede declara el valor de tener a aquel que puede realmente de tus gozos y dolores hacerlos

propios? ¡Gracias a Dios! Nosotros tenemos al único al bendito Señor Jesucristo. Aunque nosotros no podemos verlo con los ojos de este cuerpo, no obstante podemos usar la fe en Él en toda la preciosura y poder de su perfecta compasión. Nosotros podemos, sí únicamente nuestra fe es simple e infantil, venir desde la tumba donde nosotros hemos recientemente depositado los restos de algún ser querido a los pies de Jesús y allí verter la angustia de un acongojado y desolado corazón. Nosotros no encontraremos un duro rechazo allí, no habrán reproches crueles por nuestra necedad y debilidad en sentimientos tan profundos. Ni cualquier esfuerzo torpe por decir algo adecuado, algún esfuerzo sin sentido por dar alguna expresión de condolencias. ¡Ah! No; Jesús sabe como compadecerse de un corazón quebrado y agobiado bajo el peso del dolor. El suyo es un corazón humano perfecto. ¡Qué pensamiento! ¡Es un privilegio tener acceso en todo momento, en todo lugar y bajo todas las circunstancias a un perfecto corazón humano! Nos pudiera parecer en vano esto al estar aquí. En muchos casos, hay un deseo real hacia la compasión, pero una total carencia de capacidad. Yo podría encontrarme en momentos de dolor, en la compañía de alguien que no sabe nada acerca de mi dolor o del origen de este. ¿Cómo podría él compadecerse? Aunque debo decirle, su corazón podría estar tan ocupado con otras cosas, como para tener espacio y tiempo para mí.

No es así con el Hombre perfecto, Cristo Jesús. Él tiene ambas cosas espacio y tiempo, para cada uno y para todos. No importa cuando, como o con que tu vienes, el corazón de Jesús está siempre abierto. Él nunca desechará, nunca fallará, nunca defraudará. ¿Si nosotros estamos en el dolor, qué debemos hacer? Simplemente debemos hacer tal como los discípulos del Bautista hicieron, “ir y decir a Jesús”. Esto es lo correcto de hacer. Permitirnos ir directamente desde la tumba a los pies de Jesús. Él secará nuestras lágrimas, aliviará nuestros dolores, sanará nuestras heridas y llenará nuestro vacío. De esta manera nosotros podemos ser capaces de entrar en aquellas palabras verdaderas de Rutherford cuando él dice “intento poner todas mis obras buenas sobre Cristo y entonces una parte del ser irá en gran manera conmigo” Esta es una experiencia que nosotros podríamos bien anhelar. ¡Que el bendito Espíritu nos dirija más a esto!

Nosotros podemos ahora contemplar otra condición del corazón provista por los doce apóstoles en su retorno de su cumplida misión. “Y los apóstoles, reuniéndose con Jesús, le dieron cuenta de todo; de cuanto habían hecho, y de cuanto habían enseñado”. (Marcos 6:30 V.M.). Aquí nosotros no tenemos un caso de aflicción y desamparo, pero sí uno de regocijo y estímulo. Los doce avanzaron hacia Jesús para contarle de su buen resultado, así como los discípulos del Bautista se acercaron en el momento de su pérdida. Jesús fue igual con todos. Él podría encontrarse con un corazón que está quebrado por el

dolor y Él podría encontrarse con un corazón que está lleno por la buenaventura. Él supo como controlar, calmar y dirigir, a los unos y a los otros. ¡Bendiciones por siempre sobre Su glorioso nombre!

“Y él les dijo: Venid vosotros mismos aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que venían e iban; de manera que ni para comer tenían tiempo” (Marcos 6:31 V.M.). Aquí nosotros nos dirigimos a un punto en el cual las glorias morales de Cristo brillan con reflejo extraordinario y corrigen el egoísmo de nuestros pobres y estrechos corazones. Aquí nosotros somos enseñados con inequívoca claridad que hace a Jesús el depositario de nuestros pensamientos y sentimientos, lo cual nunca a de producir en nosotros un espíritu de arrogante suficiencia e independencia, o un sentimiento de desprecio hacia otros. Por el contrario. Aún es más, nosotros tenemos que ver con Jesús, el gran deseo es que nuestros corazones sean abiertos para encontrar las formas variadas de las necesidades humanas que puedan presentarse a nuestra vista de día en día. Esto es cuando nosotros venimos a Jesús y derramamos nuestros corazones completamente delante de Él, hemos de contarle a Él de nuestros sufrimientos y nuestros gozos, y dejar toda nuestra carga a sus pies, para que nosotros realmente aprendamos de que modo sentir por otros.

Hay gran belleza y poder en las palabras “Venid vosotros aparte”. Él no dice “Marchaos”. Esto nunca lo haría. Sería inútil irnos aparte a un lugar desierto si Jesús no ha de estar allí. Entrar en la soledad sin Jesús es para hacer de nuestros corazones fríos y estrechos, mucho más fríos y estrechos todavía. Yo podría retirarme de la escena que me rodea en mortificación y desilusión, y envolverme así en un egoísmo impenetrable. Yo puedo suponer que mis compañeros no han hecho bastante por mí y puedo retirarme para hacer mucho por mi mismo. Yo puedo hacerme el centro de todo mí ser y así puedo volverme a un corazón frío, estrecho, y miserable criatura. Pero cuando Jesús dice “Venid”, el caso es totalmente diferente. Nuestras finas lecciones morales son aprendidas solo con Jesús. Nosotros no podemos respirar la atmósfera de Su presencia sin tener nuestros corazones ensanchados. Si los apóstoles hubieran entrado en el desierto sin Jesús, ellos mismos se habrían comido los panes y los peces, más yendo con Jesús ellos aprendieron algo diferente. Él supo satisfacer la necesidad de una multitud hambrienta, tan favorablemente como el de la compañía de afligidos o regocijados discípulos. La compasión y la gracia de Jesús son perfectas. En Él puede encontrarse todo. Si uno está afligido, puede ir a Jesús; Si uno está contento, puede ir a Jesús; Si uno tiene hambre, puede ir a Jesús. Nosotros podemos traerle todo a Jesús, porque en Él mora toda la plenitud y bendito sea su nombre. Él nunca envía lejos a alguien estando vacío.

No así lamentablemente, son sus pobres discípulos ¡Cuán nefasto es su egoísmo cuando vieron en la luz de su magnífica gracia! “Y salió Jesús y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos, porque eran como ovejas que no tenían pastor; y comenzó a enseñarles muchas cosas”. Él había ido a un lugar en el desierto para dar a sus discípulos descanso, más estos no consideran con prontitud en ninguno de ellos las necesidades humanas, como es el ser llevado en las profundas corrientes de una envolvente compasión delante de Su corazón tierno.

“Cuando ya era muy avanzada la hora, sus discípulos se acercaron a él, diciendo: El lugar es desierto, y la hora ya muy avanzada. Despídelos para que vayan...”. ¡Qué palabras de hombres que recién han retornado de la predicación del evangelio! “Despídelos para que se vayan” (“Envíalos afuera de aquí” AKJV). ¡Ah! Una cosa es predicar la gracia y otra cosa es obrar por ella. Es bueno predicar, pero también es bueno obrar en ella. De hecho, la predicación sufrirá si no es combinada con el obrar. Es bueno instruir al que ignora, pero también es bueno alimentar al que tiene hambre. Lo último puede involucrar una mayor abnegación que lo primero. Puede no costarnos nada el predicar, pero hay un mayor costo el alimentar y no nos gusta tener en nuestra provisión privada a intrusos. ¿Está el corazón listo para poner por delante diez mil objeciones “Qué haré yo por mi mismo”?, ¿Quién se ocupará de mi familia? Nosotros debemos actuar juiciosamente. Nosotros no podemos hacer cosas

que son imposibles. Estos y los argumentos similares al corazón egoísta puede empujar a objetar cuando una necesidad es presentada a Él mismo.

“Despídelos para que se vayan” (VM). ¿Qué hizo a los discípulos decir esto?, ¿Cuál fue el origen real de esta egoísta demanda? Simplemente la incredulidad. Ellos tuvieron recuerdos que hubo en medio de ellos un anciano que había alimentado a “600.000 caminantes” durante cuarenta años en el desierto, ellos sabían que Él (Señor) no habría enviado lejos a una multitud hambrienta. Ciertamente la misma mano que había nutrido aquellas huestes por tan largo tiempo fácilmente podía proporcionar una sola comida para cinco mil. Así la fe razonaría, pero la incredulidad oscurece el entendimiento y constriñe el corazón. No hay nada tan absurdo como la incredulidad y nada que contraiga más las entrañas de compasión. La fe y el amor van siempre juntos, y en proporción del crecimiento de uno es el crecimiento del otro. La fe abre las compuertas del corazón y le permite conducir las corrientes de amor hasta lo último. Así el apóstol podía decir a los Tesalonicenses “...que crezcáis y abundéis en amor, los unos para con los otros, y para con todos”. Esta es la regla divina. Un corazón lleno de fe puede permitirse ser caritativo; un corazón inconverso no puede permitirse nada.

La fe pone al corazón en un contacto inmediato con Dios en sus inagotables tesoros y satisface con los afectos más benévolos. La incredulidad empuja al corazón sobre si mismo y le llena con todas las formas del miedo egoísta. La fe nos dirige en el alma expandiendo la atmósfera de los cielos. La incredulidad nos deja envueltos en la atmósfera marchita de este mundo cruel. La fe nos permite escuchar las palabras de gracia de Cristo, “Dadles vosotros de comer”. La incredulidad nos hace expresar nuestras propias palabras crueles “Despídelos, para que se vayan” (V.M). En una palabra, no hay nada que ensanche el corazón como la simple fe y nada que lo contraiga tanto como la incredulidad. ¡Oh!, ¡Que nuestra fe pueda crecer muchísimo, para que nuestro amor pueda abundar mas y mas!, ¡Podamos nosotros cosechar ganancias de la contemplación a la compasión y la gracia de Jesús!

Es un contraste llamativo entre “despídelos, para que se vayan” y “Dadles vosotros de comer”. Así es en la vida. Los caminos de Dios no son nuestros caminos. Es mirando sus caminos que nosotros aprendemos a juzgar nuestros caminos – mirándole a Él nosotros aprendemos a juzgarnos a nosotros mismos. Esta es una escena maravillosa donde Jesús corrige el egoísmo de sus discípulos. Primero haciendo de ellos instrumentos a través de los cuales Su gracia puede fluir a la multitud y segundo haciéndoles recoger “y alzaron doce cestos llenos de los pedazos de pan y de los peces” para ellos.

Ni es esto todo. No solamente es egoísmo reprendido, más el corazón instruido es sumamente bendecido. Naturalmente podría decirse “¿De qué pueden servir los cinco panes y los dos peces a todos? Ciertamente, el único que puede alimentar, puede fácilmente alimentarlos sin aquella mediación”. En lo natural podría defenderse así, pero Jesús nos enseña que nosotros no somos criaturas despreciables a Dios. Nosotros estamos para usar lo que tenemos con la bendición de Dios. Esta es una hermosa lección moral para el corazón. “¿Cuánto tiene Ud. en la casa?” Es la pregunta. Es licito aquello, y a ningún otro, Dios usara. Es fácil ser generoso con lo que nosotros no tenemos, pero la cosa es sacar lo que nosotros tenemos y con la bendición de Dios, aplíquelo a la necesidad presente.

También en especial en la recolección de los pedazos. El necio aquí podría decir, “¿Qué necesidad de recoger aquellas migajas esparcidas? Ciertamente el único que ha forjado tal milagro no tiene necesidad de las migajas”. Sí, pero nosotros no somos criaturas desechadas de Dios. Él usando los panes y los peces somos enseñados al no desprecio de ninguna criatura de Dios, más en la recolección de las migajas somos enseñados a no desperdiciarla. Los hombres en su necesidad se han reunido libremente, más Él no permitió que una sola miga fuera desperdiciada. ¡Cuán divinamente perfecto!, ¡Que diferente a nosotros! A veces nosotros somos tacaños y otras veces derrochadores. Jesús no fue ni lo uno ni lo

otro. “Y comieron todos”. Más “Y recogieron de los pedazos doce cestas llenas, y de lo que sobró de los peces”. ¡Perfecta gracia!, ¡Perfecta sabiduría! ¡Podemos nosotros adorarle y aprender de esto! Podemos nosotros regocijarnos en la seguridad del bendito quién ha manifestado toda esta sabiduría y gracia en nuestras vidas. Cristo es nuestra vida y la manifestación de esta vida constituye un cristianismo práctico. Esto no es estar viviendo por reglas y regulaciones, sino simplemente teniendo a Cristo morando en el corazón por fe Cristo es la fuente de compasión perfecta y gracia perfecta.

15

¿LA DOCTRINA O ESPERANDO AL HIJO?

Apocalipsis 1: 5-7

En días como los presente, cuando el conocimiento sobre la pregunta que encabeza este estudio es ampliamente difundido, se hace más necesario enfatizar sobre la conciencia del lector cristiano la gran distinción entre el sencillo mantenimiento de la doctrina de la Segunda Venida del Señor y la actual esperanza de su aparición (1Tes. 1:10). Pero ¡Ay de aquellos que sostienen una elocuente predicación sobre la doctrina del segundo advenimiento de quien realmente no conocen, advenimiento que ellos profesan creer y predicar! Estos malvados debían ser

puestos fuera al tratar con ellos. La presente es una edad de conocimiento – o de conocimiento religioso, pero ¡Oh!, el conocimiento no es vida, el conocimiento no es poder, el conocimiento no será una liberación ni de Satanás, ni del mundo, ni de la muerte, ni del infierno. El conocimiento, según entiendo, es una muestra del conocimiento de Dios en Cristo. Uno puede saber un gran tema de las Escrituras, un gran tema de la profecía, un gran tema de la doctrina, y estar muerto en delitos y pecados.

Hay, sin embargo, una clase de conocimiento que necesariamente, incluye vida eterna y ese es el conocimiento de Dios, como El es revelado en la faz de Jesucristo “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien has enviado” (Juan 17:3). Ahora, es imposible estar viviendo en la expectación del día y la hora de “la venida del Hijo del Hombre”, si el Hijo del Hombre no es conocido en la experiencia. Yo puedo concluir efectos proféticos por un mero estudio y en el ejercicio de mis facultades intelectuales, descubrir la doctrina de la Segunda Venida del Señor, y aún ser totalmente ignorante de Cristo, viviendo una vida de no pertenencia de Su corazón. ¡Cuan a menudo ha sido este el caso! Cuantos hemos sido sorprendidos con su vasto fundamento de conocimiento profético – un fundamento adquirido, el cual puede ser por años de laboriosa búsqueda y así al final se prueban ellos mismos de haber sido iluminados por una luz no

santa – luz no adquirida por la espera en oración delante de Dios. Seguramente el pensamiento de esto afectara profundamente nuestros corazones y solemnizará nuestras mentes y nos instará a inquirir quiéralo o no, a conocer a aquella bendita persona, quien una y otra vez, anuncia Él mismo “viene pronto”; también, si no le conocemos, podemos hallarnos en el número de quienes son acusados por el profeta en las siguientes palabras introductorias: “¡Ay de los que desean el día de Jehová! ¿Para qué queréis este día de Jehová? Será de tinieblas, y no de luz, como el que huye de delante del león, y se encuentra con el oso; o como si entrare en casa y apoyare su mano en la pared, y le muerde una culebra. ¿No será el día de Jehová tinieblas, y no luz; oscuridad, que no tiene resplandor?” (Amos 5:18-20).

El capítulo dos de Mateo nos provee de una muy atractiva ilustración de la diferencia entre un mero conocimiento profético de Cristo -- mostrando en el ejercicio del intelecto sobre la letra de las Escrituras, y el designio del Padre en la persona de Cristo. Los sabios manifiestamente guiados por el dedo de Dios estaban en la verdadera y seria búsqueda de Cristo, y lo encontraron. En cuanto al conocimiento escritural ellos no podrían, por el momento, haber competido con los jefes de los sacerdotes y los escribas; ¿Qué había hecho el conocimiento escritural sobre estos últimos?, ¿Por qué se prestaron como instrumentos eficientes para Herodes, quien los llamó con el propósito de usar su conocimiento bíblico en su mortal

oposición al Ungido de Dios? Ellos eran capaces de darle capítulo y versículo, como dijimos. Pero, mientras ellos estaban ayudando a Herodes a través de su conocimiento, los sabios estaban, por designio del Padre, efectuando su camino a Jesús. ¡Bendito contraste!, ¡Era mucho más feliz ser un escriba docto y tener un corazón frío, muerto y distante del Bendito!, ¡Cuánto mejor es tener el corazón lleno de un vivo afecto por Cristo que tener un cúmulo de intelecto con el más exacto conocimiento de la letra de la Escritura!

¿Cuál es la característica melancólica del tiempo presente? Una amplia difusión del conocimiento escritural con un amor pequeño por Cristo, una pequeña devoción por Su obra; abundante preparación para citar las Escrituras, como los escribas y los jefes de los sacerdotes, más con un pequeño propósito del corazón. A diferencia de los sabios que abren los tesoros y los presentan a Cristo como ofrendas voluntarias de corazones llenos de un sentido de lo que Él es. Lo que debemos desear es una devoción personal y no una mera exposición vacía de conocimiento. No es que desestimemos el conocimiento escritural, Dios nos libre si ese conocimiento no es hallado relación con una genuina disciplina. Pero si no es así, me pregunto ¿Qué valor tiene? Ninguno, en absoluto. El mas extenso rango de conocimiento, si Cristo no es su centro, será solo algo vano; si; será con toda probabilidad más eficiente instrumento en las manos de Satán para sus nuevos

propósitos de hostilidad a Cristo. Un hombre ignorante puede hacerlo pero como una travesura, pero un hombre culto, sin Cristo, puede hacer un gran negocio.

Los versículos que encabezan este estudio nos presentan las bases divinas sobre las cuales se funda todo el conocimiento escritural, más especialmente el conocimiento profético. Antes que alguien pueda pronunciar su sincero amén al anuncio “He aquí él viene con las nubes”, él tiene que ser capaz, sin duda, de agregar un arrebatado bendito de adoración: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre”. El creyente conoce a Aquel que viene, porque Él lo ha amado, y lo ha lavado de sus pecados. El creyente espera el amor eterno que es derramado en su alma. Aquel que es manso y humilde es quién sirvió, sufrió y fue humillado, pronto vendrá en las nubes del cielo, con poder y gran gloria, y todo aquel que le conoce lo recibirá con alegres alabanzas y será capaz de decir: “Este es el Señor, le hemos esperado, nos regocijaremos y nos alegraremos en su salvación”. Pero, ¡ay! Existen muchos quienes esperan y discuten acerca de la venida del Señor los cuales no le esperan completamente, quienes están viviendo para ellos mismos en el mundo, y cuya mente está ocupada en las cosas terrenales. ¡Cuán temible es estar hablando acerca de la venida del Señor y cuando el venga tengan que ser alejados! ¡Oh! Piense en esto, y si Ud. Realmente está conciente de no conocer al Señor, entonces le ruego que contemple al Señor derramando su

preciosa sangre para lavarle a usted de sus pecados, y aprender a confiar en Él, apoyarse en Él, regocijarse en Él y sólo en Él.

Pero si usted puede mirar los cielos y decir: “Gracias Dios, yo le conozco y estoy esperándolo”, permítame recordarle lo que dice el apóstol Juan como el resultado práctico de esta bendita esperanza. “Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica así como él es puro”. Si, ésta debe ser el resultado de la espera por el Hijo desde de los cielos y no sólo la mera doctrina profética. Mucho de los caracteres más impuros, profanos e impíos que ha hecho su aparición en el mundo, han sostenido en teoría, el segundo advenimiento de Cristo; pero ellos no estaban esperando al Hijo, por lo tanto no eran ni podían purificarse ellos mismos. Es imposible que cualquiera pueda estar esperando por la aparición de Cristo, y no hacer esfuerzos para ir creciendo en santidad, separación y un corazón devoto. “He aquí yo vengo pronto, bienaventurado aquel que halle velando así”. Aquellos que conocen al Señor Jesucristo y aman su venida, buscarán diariamente de sacudirse cualquier cosa contraria a la mente de su Maestro; buscarán llegar a ser más y más en conformidad a Él, en todas las cosas. Los hombres pueden sostener la doctrina de la Segunda Venida de Cristo y aún mantenerse unidos al mundo y a las cosas inherentes a un gran afán, pero el verdadero siervo de corazón mantendrá sus ojos en el retorno de su Maestro, recordando sus palabras benditas: “Vendré otra

vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis". (Juan 14:3).